



ÉPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 27. — Madrid 25 de Marzo de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR  
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN  
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Isern. — *Pensamientos*, por D. Benigno Bolaños y Sanz. — *Preocupaciones vulgares contra el Clero y los institutos religiosos*, por J. M. A. — *La fe y la duda* (poesía), por Martínez Parra. — *Claudia Prócua*, por J. J. C. — *Bibliografía*, por I. — *Los Grabados*. — *El Mártir de un secreto* (continuación), por Raul de Navery. — *Caridad*, cuento (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Saenz. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Anuncios*.  
GRABADOS.—*Gustavo Doré*. — *Reunión de majos jugando a la brisca*. — *¡Aleluya! señor Cura, ¡Aleluya!* — *La silla de Felipe II en el Escorial*.

REVISTA

El que haya fijado la atención durante los días pasados sobre los carteles de los teatros, habrá visto, mezclados con los anuncios de Mlle. Favart y de los *Vaudevilles* franceses, dos ó tres, en que con gruesas líneas negras se figuraba una gran cruz y en el fondo de la cruz estas líneas: *La pasión y muerte de Jesús; Pasión y muerte de Jesús y la Resurrección del Señor*, y así sucesivamente.

Las autoridades, que en cumplimiento de leyes no derogadas, debieran prohibir estos espectáculos, los consienten, y se da el abuso de representar en las tablas, por medio de comediantes y en la forma menos piadosa posible, los hechos sagrados de la Pasión de Nuestro Señor, convertido así en héroe de melodrama. Ni el lugar, ni los actores, ni la forma, ni el lenguaje, ni el público, pueden prestarse á representar estos adorables misterios en el teatro, donde todo concurre á profanarlos, rebajando un suceso divino á la condición de una comedia, y haciendo del Sagrado Evangelio un libreto de ópera trágica.

No conocemos abuso más escandaloso de la libertad teatral que hoy disfrutamos, porque en él se conculcan todos los más sagrados respetos de la Religión y de la sociedad, desde el momento en que se trata un misterio tan sagrado con las formas de una comedia, haciendo hablar al mismo Dios, á la Virgen Santísima, y á los santos Apóstoles por boca de comediantes asalariados, que el día antes y el día después representan comedias escandalosas, y encerrando el sublime misterio de la Redención entre las bambalinas de un teatro, impregnadas de farsa y de malicia.

Y no se alegue que en los siglos cristianos se representaban también estos misterios, porque aquellas representaciones, hechas por sacerdotes ó personas piadosas en el interior

muchas veces de los templos, tenían un carácter eminentemente litúrgico y se proponían conmovir el ánimo de los pueblos bárbaros, que necesitaban de tales lecciones para comprender los misterios de la Religión sublime que habían abrazado. Así se cuenta que, recién convertido Clodoveo, asistía á una de estas representaciones, y conmovido su ánimo ante la crueldad de los judíos que azotaban al Señor, exclamó fuera de sí: ¡Que no hubiera estado yo allí con mis galos!

¿Cuántos espectadores de nuestros teatros sentirán la indignación del rey Clodoveo?

Aquí las representaciones de la Pasión tienen un carácter esencialmente profano, se trata el adorable Misterio como las fábulas mitológicas, y ni los empresarios se proponen con ellas prestar un homenaje á la Religión, ni el público edificarse con su ejemplo.

Por eso, nunca mejor que al contemplar las grandes cruces de los carteles de tales espectáculos, ha podido decirse: «Detrás de la Cruz, el diablo.»

Los franceses, aquellos extranjeros que nuestros abuelos arrojaron de España con el denuedo de los

héroes de las Cruzadas, nos han conquistado por completo.

No hablemos de las instituciones políticas, cuya última evolución es *La Mano Negra*; no digamos nada de las costumbres ni de los trajes, cuyos nombres están denunciando su origen francés; no se trata de eso: la conquista ha llegado al último extremo, nos han arrebatado nuestra lengua, ó más propiamente, nos han impuesto la suya hasta el punto de que se ven más concurridos los teatros de Madrid donde se declama en francés, que los pocos en que se rinde tributo al buen decir castellano de nuestros poetas clásicos.

Lean nuestros lectores estas noticias, y después tápanse la cara para no faltar á las *conveniencias sociales*.

— «Ya no queda por abonar ningún palco entre-suelo ni platea en el teatro de Apolo para las representaciones de Mlle. Favart.

Lo más escogido del abono del Teatro Real se ha trasladado á la elegante sala de la calle de Alcalá, y ya puede asegurarse que desde el 25 del corriente aquel salón será el centro de reunión de la *hig-liffe* madrileña.»

— «Hoy ha salido de París la compañía francesa de *vaudevilles* que comenzará á actuar en nuestro teatro de la Comedia el próximo domingo.

Además de las obras que, como se ha dicho, tiene dispuestas para poner en escena, cuenta con las que tanto éxito han obtenido, *Niniche* y *L'femme á papa*.

*El conjunto del personal* agradará en extremo al público, según noticias.

Todo el abono que hay hoy en este elegante teatro ha sido renovado para las funciones de la citada compañía.»

Es de advertir, que á pesar de los fuertes reactivos de Echegaray y de Sellés, el teatro español ha estado este invierno completamente muerto.

Pero ya lo ven ustedes; viene Mlle. Favart, vienen detrás de ella los *vaudevilles* de París, y todo se anima al eco de su voz. ¿Estará Madrid poblado de españoles, ó de franceses?

Mlle. Favart es la segunda edición de la Sara Bernhard; una comedianta del teatro francés, fastuosa por sus trajes y joyas, dramática del género Dumas y Víctor Hugo; espiritual, sí, señores, espiritual como una novela de Alfredo de Musset; es una actriz que sabe amar como la Dama de las Camelias; que sabe morir como la Traviata; que sabe interpretar á maravilla la vida parisiense; que sabe... lo que no saben los químicos más afamados, hacer oro de la escoria y explotar con su talento escénico la piedra filosofal.

Al ver sentado en el trono de España á su nieto Felipe V, dijo el



GUSTAVO DORÉ, CÉLEBRE ARTISTA FRANCÉS

† en 23 de Enero del año último

Ayuntamiento de Madrid



gran Luis XIV: «Ya no hay Pirineos.» Si hubiera vivido ahora, hubiera modificado la frase diciendo: «Ya no hay españoles.»

\*\*\*

Ya está plenamente confirmado que *La Mano Negra* es una sección importante de la *Internacional*, con ramificaciones en varias provincias de España y en diversas naciones extranjeras. Según los antecedentes que van descubriéndose, es también una mano muy adiestrada en manejar la tea incendiaria, la piqueta demoledora, el puñal asesino y demás atributos del progreso moderno, así como en apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de sus dueños.

La *Internacional* es una vasta asociación revolucionaria, compuesta de varias secciones, de las cuales unas se dedican a minar las instituciones políticas, otras las religiosas, sin distinción de creencias; otras a la propaganda socialista, y todas concurren a la gran conjuración contra la verdad, que es el carácter distintivo de la Revolución cosmopolita. Una de estas secciones, según dejamos dicho, es *La Mano Negra*, sección dedicada al robo y al asesinato, cuyos individuos son como las uñas y el brazo de la justicia demagógica, encargados de atentar contra la hacienda y la vida de los ricos, blanco natural donde se dirigen todos los golpes de *La Mano Negra*.

Con estos antecedentes, puede calcularse la gravedad de los sucesos de Andalucía, en los cuales se ve patente que aquí la Revolución no se anda en chiquitas, como familiarmente decimos, sino que se va derecha al bulto, y de las secciones de la *Internacional* escoge la más violenta, la que conduce a resultados más prácticos y tangibles.

Cuando la Revolución despliegue aquí todas sus fuerzas, los nihilistas rusos se van a quedar aterrados ante la violencia de nuestros demagogos. La corrupción de lo óptimo es pésimo, según la sentencia de los escolásticos, y España ha sido uno de los pueblos más nobles, más heroicos y más cristianos de la tierra.

\*\*\*

Varios periódicos, y cabalmente los de más circulación en España, han abierto una sección nueva en sus columnas, destinada a relatar los procesos de los juicios orales.

Es un nuevo género de literatura, muy cultivado en Francia, que surge de materiales a los novelistas y dramaturgos de los garitos y lupanares.

Por medio de estas crónicas, los criminales tienen asegurada la *celebridad*, y sabido es que hoy la celebridad constituye un cebo irresistible para los ánimos vanidosos y frívolos. Y en prueba de ello, oigan nuestros lectores el siguiente relato, que es el primero que hallamos a mano:

«A las dos de la tarde de ayer se hacía imposible entrar en el local donde se verificaba la vista.

«Todas las miradas del público convergían en el procesado. A. P. debió prever esta curiosidad, y se presentó vestido con intachable pulcritud, como un hijo de Madrid en día de fiesta. Su traje nuevito de cazadora, oscuro; sus botinas de caña blanca, su flamante sombrero bajo, contrastan con aquel lío de ropas aviejadas, sujetas con una guita, que hay sobre la mesa, y entre cuyos pliegues asoma la punta de un pañuelo ensangrentado, cuerpo del delito, manchado en sangre de un cuerpo humano ya sepulto.

«No inspira el procesado repulsión ni simpatía: sus facciones duras y sus líneas pronunciadas revelan un corazón enérgico, viril; es de estatura regular, moreno, enjuto de carnes; lo negro de su ancho y despuntado bigote y pobladas cejas, corresponde al azabache de sus cabellos, peinados con la misma escrupulosidad que afeita su cara. Aparece sereno unas veces y apesadumbrado otras, pero nunca ajeno al juicio.»

Si hay hombres que corren a toda hora el peligro de matarse por adquirir celebridad, ¿qué mucho que los haya en una sociedad corrompida, que maten a los demás para granjearse tan codiciado galardón?

Pero no es este el único peligro de las crónicas de los tribunales; hay otro mayor, y es el de familiarizar al público con el lenguaje de los delincuentes, formando con ellas una especie de curso del arte de prevaricar, en el cual aprenda todo el mundo las reglas y procedimientos más usuales del asesinato y del robo, y los medios más eficaces de rehuir el castigo de las leyes.

Pero ante las exigencias de la moderna cultura, aprendida en los códigos y en los periódicos franceses, no hay más que bajar la cabeza, y pedir a Dios que nos libre de ser actores de tales dramas forenses.

\*\*\*

Hace un mes que en la iglesia de la Encarnación de esta corte ocurrió un conflicto de jurisdicción que dió mucho que hablar a los periódicos y suscitó

acaloradas polémicas y universal asombro en los fieles. El Sr. Patriarca de las Indias, D. José Moreno Mazón, se presentó de improviso en el templo, y desatendiendo los derechos que invocaba el Reverendo P. Gabino Sánchez a favor de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Santiago, se puso a ejercer actos de jurisdicción, a título de Pro-capellán mayor de los Reyes de España.

Nosotros comprendiendo la gravedad del asunto, y que no eran los periodistas los llamados a resolverlo, guardamos absoluto silencio, esperando que la autoridad competente nos dijese qué es lo que debíamos pensar del conflicto tan solemnemente provocado.

En efecto, el último número del *Boletín eclesiástico* de Santiago, trae una circular del Emmo. Cardenal Payá, en que se inserta la resolución de la Santa Sede, favorable en un todo a los derechos del prelado de Compostela, y en la que se desaprueba la conducta del Patriarca de las Indias señor Moreno Mazón.

En asuntos de esta índole, la prensa debe guardar siempre prudente reserva, no entregándose a discusiones impertinentes, y esperando, para acatarlo, el fallo de la suprema autoridad de la Iglesia.

\*\*\*

Según nos escriben de Málaga, en la parroquia de Santo Domingo ha sido hallada una joya desconocida del arte cristiano.

Queriendo sustituir un Crucifijo que se sacaba anualmente en procesión por otro que se hallaba en lo alto del altar mayor, se procedió a descolgar éste, entregándose a un escultor para que lo restaurara, por hallarse con varios desperfectos.

El artista, después de reconocerlo y de admirar la belleza de sus formas, se encontró con que era obra de Pedro de Mena y Medrano, célebre escultor que floreció a fines del siglo XVII, discípulo predilecto de Alonso Cano, el último de los famosos escultores de la buena época, que pudo preservarse, aunque no siempre, del contagio del mal gusto que invadió a España a fines de aquel siglo, con la imitación de los malos originales flamencos y boloñeses.

Pedro de Mena murió en Málaga en 1693, y aunque no consta en su biografía, que nosotros separamos, la existencia de este Crucifijo, no obstante admitimos la autenticidad, y desde luego afirmamos que siendo suyo será obra notabilísima, y acaso de las mejores que salieron de sus manos.

Nos fundamos para emitir este juicio *a priori*, en una circunstancia de su vida, que refieren todos sus biógrafos. El príncipe Doria le encargó un Crucifijo para llevarlo a Génova, y el escultor, comprendiendo que en aquel país su obra había de ser juzgada por grandes artistas, se dedicó a estudiar la obra con especial entusiasmo, no perdonando vigilias en el estudio del natural, de la anatomía, etc., ni menos aún en la ejecución que fué atenta y esmeradísima. Tan satisfecho quedó Mena de su obra, que admirándola él mismo, con sencilla ingenuidad dijo, que no había hecho cosa igual en su vida. El príncipe le enseñó con orgullo a los mejores artistas de Italia, y envió al escultor español, con un valioso regalo, una carta encomiástica, que hubiera envenecido a los primeros maestros de Europa.

Ahora bien, el autor del Crucifijo del príncipe Doria, es de suponer que no echaría en olvido sus estudios, ni hallaría torpe el cincel al ejecutar el Crucifijo de Santo Domingo de Málaga.

NULEMA.

## CRÓNICA



os socialistas y comunistas de París celebraron el día 18 el aniversario de la proclamación de la Commune.

Hubo banquetes en las tabernas, y sesiones en los clubs patrióticos. Un ciudadano pidió «el exterminio de todos los burgueses, zánganos que viven con lo que producen los obreros,» y no faltó un nuevo Marat que pidiera 500.000 cabezas de reaccionarios y fabricantes.

Los doctrinarios y la clase media han podido observar esta vez, como los nuevos Robespierre se ocupan menos de los que llaman clericales, que de los burgueses.

El enemigo de los Ferry es el catolicismo; el enemigo de los anarquistas y comunistas son los fabricantes y los banqueros, sin que esto quiera significar que no odian también a la Iglesia.

El gobierno de Mr. Grévy ha quedado muy tranquilo: logró que los anarquistas y comunistas no celebraran sus reuniones al aire libre. La ley republicana autoriza que se declare la guerra a Dios y a los ricos, siempre que esto se haga a puerta cerrada o en los periódicos.

Pero estén tranquilos los demagogos de Francia: se dará un paso hacia adelante en el camino del progreso, y entonces podrán hacer lo que ahora impide el poder público en nombre de la ley, apoyado por numerosa infantería, caballería y artillería.

Mientras tanto consuélense con los progresos que hacen sus ideas. Hoy los periódicos que mayor circulación alcanzan, son los suyos: el más radical de todos ellos alcanza una tirada diaria de más de 35.000 ejemplares, y se calculan en 300.000 el número de los que entregan diariamente a la circulación las prensas de la extrema izquierda.

Antes se cotizaban a muy alto precio las acciones de los órganos gambettistas. Hoy apenas encuentran compradores; en cambio las de los órganos de la extrema izquierda alcanzan precios fabulosos.

La República está en el lindero de las grandes catástrofes.

En la revolución del pasado siglo, los girondinos subieron el cadalso en número relativamente corto comparado con el de sacerdotes y aristócratas que perecieron a manos del verdugo.

Actualmente los nuevos jacobinos se olvidan de los bonapartistas y de los legitimistas para tronar contra los republicanos moderados y los oportunistas.

¿Quizá no esté lejano el día en que las hordas que capitanea Luisa Michel, condenen a muerte por asesinatos del pueblo, como lo ha pedido últimamente un energúmeno, a Mr. Ferry y a sus colegas de ministerio!

¡Juicios de Dios!

\*\*\*

En todas las naciones secularizadas se ve el cielo cubierto de negras nubes, y de tarde en tarde se oye el estruendo de la dinamita que destruye un monumento, que derriba un palacio habitado por los miembros del Gobierno.

La tempestad que hace algunos años parecía concentrada sobre París y sobre San Petersburgo, se ha extendido por toda Europa.

Un rayo forjado en secretos antros por los fenianos, ha derribado en Londres uno de los más hermosos edificios públicos. Por fortuna no han perecido centenares de personas; pero ¿quién puede asegurar que sucederá lo mismo cuando el hecho se repita, que sí se repetirá, puesto que en pie quedan las causas que lo han producido?

En Viena se ha descubierto una sociedad secreta cuyo objeto no era otro que reunir fondos, por medio del robo y del asesinato, para sostener agitaciones socialistas y anarquistas, y a uno de los arrestados se le ha encontrado una cantidad de veneno que basta para envenenar a 3.000 personas.

En Bélgica, en Italia, en Suiza, consienten los Gobiernos, ni más ni menos que en España, que los sectarios del radicalismo propaguen sus doctrinas y se organicen.

Y luego lamentarán que suceda en aquellas naciones lo que sucede en París, lo que acaba de suceder en Londres! ¡Lamentarán que existan sociedades secretas como la descubierta en Viena!

¿Como si quien siembra vientos no hubiese necesariamente de cosechar tempestades! ¿Como si el veneno que mata pudiera dar la vida!

\*\*\*

Se equivocan los Gobiernos de Francia, de Italia, de Suiza y de Bélgica, y también el de España, si creen que a la Revolución se la vence y extermina con mucha caballería, con mucha infantería y artillería. La fuerza jamás ha vencido las ideas; las ideas han vencido siempre la fuerza.

¿Quién más poderoso, militarmente hablando, que los Gobiernos de San Petersburgo y de Berlín? ¿A qué extremos de rigor no han apelado, a qué violencias no han acudido para vencer y extirpar el cáncer del socialismo y del nihilismo que destruye las entrañas de Rusia y de Alemania?

¿Qué resultados han obtenido?

Según los datos reunidos por el Sr. Richter, jefe de los progresistas de Alemania, el partido socialista, perseguido de muerte por el príncipe de Bismarck, ha aumentado en un 32 por 100 el número de sus partidarios en la Alemania del Norte durante el año próximo pasado, y en un 18 por 100 el de sus adeptos en la Alemania del Sur.

Estos datos resultan todavía más graves si se tiene en cuenta que durante el año próximo pasado, lejos de disminuir, aumentó el número de alemanes que trocaron su patria por otra patria; que buscaron en las fértiles regiones de América más fáciles medios de existencia que los que les brinda Alemania.

Lo mismo ha sucedido en Rusia.

Según los datos publicados últimamente por el *Goloso* de San Petersburgo, la locura del nihilismo aumenta de tal modo en el imperio moscovita, que amenaza convertirlo en un inmenso manicomio. ¡Y



gracias si queda un número bastante grande de sanos para impedir que los locos lo destruyan todo!

Cree el citado periódico que por publicar los datos á que aludimos ha sido suspendido por el Gobierno, que en la mayor parte de las grandes poblaciones rusas están en evidente mayoría los nihilistas, así como que en muchos distritos rurales pertenecen dos terceras partes de la población al partido socialista.

Hora es ya de que los Gobiernos comprendan que á las ideas se las debe combatir principalmente con las ideas; que es imposible acabar con un efecto cuando se deja en pié la causa que lo produce, y que sólo la Iglesia tiene la virtud necesaria para curar á los pueblos de las mortales heridas que les han inferido los errores modernos.

\*\*\*

Pero sucede en Europa que mientras los sectarios del radicalismo decretan la muerte de los burgueses, los Gobiernos, en vez de apoyarse en la Iglesia para luchar con éxito contra ellos, la persiguen, ó á lo más la permiten vivir sólo, sin la libertad é independencia necesaria para ejercer su acción bienhechora.

Bismarck persigue de muerte á los socialistas, pero mantiene atada á la Iglesia con las leyes de Mayo, todavía no derogadas.

En Italia, niega Depretis el pase-regio, en nombre del liberalismo, á unos Obispos y lo concede á otros, y á todos quita poco á poco los medios de que necesitan para poder trabajar con fruto en la viña del Señor.

Ciego por el fanatismo de secta, disminuye cuanto puede el Gobierno belga el número de sacerdotes; destruye, ó á lo menos pretende destruir, todos los medios de acción de la Iglesia sobre los pueblos, y cree haber salvado las instituciones, haberlas puesto á cubierto de los ataques de los radicales, organizando una numerosa policía y teniendo un ejército bien disciplinado y aguerrido.

Los hechos demostrarán cada día con caracteres más elocuentes á estos Gobiernos, que la revolución gana en los pueblos todo el terreno que se arranca á la Iglesia, y que por el camino que se sigue se prepara de un modo inevitable el triunfo del más asqueroso y repugnante radicalismo.

\*\*\*

Buena prueba de los grandes frutos que produce la libertad de la Iglesia, nos ofrecen los Estados-Unidos de América.

Gracias á los progresos y á la influencia del catolicismo, se van curando las heridas abiertas en aquella sociedad; el pueblo se moraliza, y quizá no está lejano el día en que nada tenga que envidiar á ningún otro pueblo de la tierra.

Allí no se abren tantos cafés y tabernas como en Europa; pero en cambio se levantan mayor número de conventos y escuelas. Allí no existen tantos templos levantados al charlatanismo; mas en cambio se construyen más iglesias.

Hace cien años sólo había en Nueva-York una iglesia en la isla Manhattan, y esta se hallaba en construcción. Hoy existen ciento noventa y dos, y su valor no baja de 86.720.000 pesetas.

Entonces los católicos no llegaban á mil, y actualmente constituyen el cuarenta por ciento de la población total: son 600.000 en una ciudad de 1.300.000 almas.

El Cardenal Arzobispo de aquella diócesis ha podido decir últimamente: «Según la ley actual de progresión de la población de Nueva-York, en un período de diez años los católicos constituiremos el cincuenta por ciento de la población total. Es seguro, pues, que en no lejano porvenir la influencia católica se sobrepondrá aquí á todas las otras influencias.»

Mientras en Europa se secularizan las escuelas, en Nueva-York se fundan conventos, en los cuales los hijos de los protestantes, como los de los católicos, reciben educación cristiana. Actualmente existen en dicha ciudad veintitres conventos, y además veintiseis escuelas dirigidas por los Hermanos de la Doctrina cristiana.

Los jóvenes que salen de estos conventos y de estas escuelas, no se afilian á los partidos socialista y anarquista, que por lo demás tienen realmente escasos partidarios en los Estados-Unidos, sino que son ciudadanos laboriosos y honrados.

¡Ah! Otra sería la suerte de Europa, si los gobiernos estudiaran los grandes y benéficos frutos que siempre ha producido la acción salvadora de la Iglesia sobre los pueblos.

\*\*\*

Las sacudidas violentas que sufre la sociedad colocada sobre el cráter del volcán revolucionario, no logran hacer vacilar un momento al anciano venerable que con experta mano dirige el timón de la barca de Pedro.

Desde su prisión del Vaticano dirige la voz al mundo y calma las más deshechas borrascas.

Los poderosos de la tierra acuden á él, pobre, débil y enfermo, en demanda de auxilio.

Rusia ha querido impedir que las teorías revolucionarias recluten numerosos prosélitos en Polonia, y León XIII acaba de enviar á aquel desgraciado reino una legión escogida de apóstoles que recordarán constantemente á los polacos que deben dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Suiza ha querido reparar una injusticia y prevenir nuevos conflictos, y León XIII ha hecho imposibles estos conflictos, trasladando á Mons. Mermillod del Vicariato apostólico de Ginebra al Obispado de Lausanna.

Cada acto de León XIII agiganta más y más su figura colosal, que se destaca con soberana grandeza sobre esta generación de enanos.

El último consistorio ha sido el acto más grande de su Pontificado.

Vuelvan los gobiernos y los pueblos la vista á Roma; oigan la voz de León XIII; sigan sus consejos, y se disiparán las tinieblas que cubren este antiguo mundo, y los anarquistas de París, y los fenianos de Londres, y los socialistas de Berlín, y los radicales de Bruselas, y los comunistas de Roma, y los nihilistas de San Petersburgo verán la luz de la verdad.

Y la verdad salvará de nuevo á este antiguo mundo.

D. ISERN.

## PENSAMIENTOS

**S**iempre el hombre vive de ilusiones, la realidad de las cosas le espanta; para ver el mundo real necesitamos revestirlo con las galas del ingenio, mirarlo por el prisma de la ilusión. Para vivir necesitamos soñar. ¿Qué significa este anhelo, esta manía de nuestra alma? ¿Por qué no nos resignamos á ver las cosas como son en sí y no salimos nunca de este grosero realismo? ¡Oh! ¡Es imposible! Sería matar el sentimiento, matar el corazón del hombre. Aspiramos á lo desconocido; creamos en nuestra alma regiones ideales donde espaciarnos, porque aquí no está nuestra patria; vivimos desterrados en este mundo.

¡La vida! ¿Qué mar de desengaños es la vida! Con dolores empieza y entre angustias termina: sus placeres pasan pronto; sus desgracias dejan en el alma huellas eternas.

¿Si será un infierno la vida? se pregunta á veces el desgraciado. Pero no, no es un infierno, porque en el infierno no hay consuelos y en la vida hay dulces lenitivos que compensan sus continuas penas. Esperar, llorar, ser bueno; hé aquí las medicinas de nuestros males, los consuelos más dulces que tienen los que viven.

¡El cielo! ¿Quién no ha levantado los ojos al cielo? ¿Qué mundo de esperanzas nos hace concebir el cielo! Mirad al cielo los que penáis, acordáos de que allí os espera el fin de vuestro padecer, de que allí encontraréis la felicidad que en vano buscáis en la tierra.

¡Dios mío! ¿Qué sería el mundo sin el cielo? El caos más horrible; el infierno con todos sus horrores.

Cuando miro al cielo me acuerdo de tantos seres queridos como allí me esperan, y veo más allá de las nubes la imagen de mi madre. ¡Pobre madre mía! He sufrido mucho en el mundo desde que en él me abandonaste, porque yéndote tú, ya no me quedaba en la tierra quien me amase como tú me amabas, quien me abriese los brazos llamándome ¡hijo mío! En el cielo me esperas, madre mía; te he visto en mis sueños rodeada de esplendores como un ángel, te he visto que me llamabas, te acordabas de mí y repetías esa expresión tan dulce en tus labios: ¡hijo mío!

¿Qué dulce es el llorar para el desgraciado! Benditas lágrimas que manáis del corazón. ¡Cuánto bálsamo derramáis en el alma herida! El que no llora no sé cómo vive, no comprendo su naturaleza. Yo lloro cuando la adversidad me aflige, cuando en mi vida pasada veo culpables extravíos. Si no llorase, mi alma estaría muerta, sería un escéptico. ¡Dios mío, libradme de semejante desgracia! Cuando sufra, cuando esté triste, ¡que no se sequen nunca mis ojos ni se endurezca mi corazón!

Hay ratos en que el hombre más terreno se olvida de la tierra, se reconcentra en sí mismo y vuelve los ojos al pasado de su alma. ¡Qué satisfacción tan dulce experimenta si no se halla manchado por la culpa! ¡Cuántas lágrimas nos cuestan los continuos defectos de nuestra vida! Al examinar con los ojos de la conciencia nuestro pasado, ¡cuántas pequeñeces descubrimos! ¿Quién es el que alguna vez no se

ha avergonzado de sí mismo? ¡Ser bueno! ¡Qué cosa más hermosa es el ser bueno!

Yo no puedo creer lo que el mundo me dice, no quiero ver en el turbulento vivir de los demás el estado de su alma. Hay muchos que no son malos aunque aparentan serlo, que obran para los demás y no para sí mismos. El exterior puede ser hipocresía; pero el fondo es bueno en casi todos... y cuando, por desgracia, veo acciones que revelan ser hijas de un hombre sin entrañas, no puedo menos de estremecerme y exclamar: ¡Dios santo! ¿Por qué habrá en el mundo hombres sin corazón?

El hombre es sociable por naturaleza. ¡Triste condición la suya si le condenaran á vivir aislado! Pasamos la infancia en los brazos de una madre, buscamos luego amigos para hacerlos partícipes de nuestras penas y de nuestras alegrías, elegimos una esposa por compañera inseparable de nuestra existencia en el mundo, y al morir vemos con más tranquilidad acercarse la muerte, si están en derredor nuestro las personas que nos amaban, que todavía nos aman y que nos amarán siempre, aunque entre nosotros y ellas se interponga la fría losa de un sepulcro.

El desterrado que percibe allá, á lo lejos, las últimas montañas de su patria y que á través de ellas vé á sus padres, á sus hijos, á sus hermanos, á su familia toda, que por él suspira, se entenece sobremanera, y en su melancolía derrama copiosas lágrimas. ¡Cuánto agradece el cariño de aquellos seres queridos que no pueden olvidarle aunque la distancia más grande los separe!... ¡Oh! Si los hombres meditaran sobre su estado en el mundo, ¡qué emoción sentirían al mirar el cielo! Verían más allá de esta vida una eternidad de amor, un Océano sin límites de dicha que jamás se acaba, que recompensará algún día los méritos del virtuoso y alejará el dolor que á los mortales ocasiona la desgracia incompatible con aquella felicidad. ¡Verían allí su patria!

Hemos nacido para amar; para el amor ha sido criado el corazón del hombre. Por eso el odio es lo que más se opone á nuestra naturaleza. ¡Qué ser tan abominable aquel en cuyo pecho se engendra el odio! Amor, sólo amor debe alentar nuestra vida, compasión para el desgraciado y para el débil. ¡Qué corazón tan rico el que no sabe aborrecer aun á los que le han injuriado!

¿Sabéis lo que es el amor? Amar es desear la felicidad de la persona querida, es querer su bienestar temporal y eterno.

Los vínculos más sagrados que ligan al hombre sobre la tierra son los de la familia. La naturaleza nos infunde ese cariño que sentimos hacia las personas por cuyas venas corre la misma sangre que por las nuestras. ¿Quién no siente un amor sin límites hacia sus padres, sus hermanos, su familia toda?... La Religión cristiana, esa Religión cuyo principal precepto es el amor, hace de los hombres una sola familia, nos presenta á Dios como Padre, á su Madre Santísima como Madre nuestra y á los demás hombres como nuestros hermanos, para encender de este modo en los corazones el amor y apartar de ellos la indiferencia ó el odio. Todo en ella es grande, divino; pero su más bella oración es la del Padre-nuestro, sus más laudables prácticas las plegarias por los que sufren, sus mejores preceptos los que mandan socorrer al necesitado.

¡Perdonar las injurias! ¿Qué precepto tan sublime! Nunca es el hombre tan grande como cuando perdona; jamás el corazón humano siente más nobles sentimientos que cuando se domina á sí mismo, y despreciando la idea de la venganza, sabe compadecer al que le ofendió y perdonarle.

La naturaleza misma nos enseña el agradecimiento. Los beneficios que recibimos deben fructificar en nuestra alma como la semilla en la tierra. ¿Qué nota más degradante que la ingratitud?

Somos muy débiles; necesitamos en la vida quien sostenga nuestras fuerzas, quien consuele nuestras tristezas, quien alivie nuestros pesares. Estos auxilios nos vienen del cielo, solamente del cielo. Cuando nos aquejan dolores que los hombres no remedian, nuestra única esperanza es volver los ojos al cielo. La oración es el consuelo del alma. ¿Quién es el que alguna vez en su vida no se ha postrado ante un altar bendito, y allí, solo con su conciencia, no ha pedido á Dios el perdón de sus culpas y el remedio de sus tribulaciones?... Bajo las sombrías bóvedas de un templo se ve un hombre arrodillado ante la imagen de María. Está sumamente entristecido; de vez en cuando brotan de sus ojos abundantes lágrimas, que cual lucientes perlas ruedan por sus mejillas, y á veces ni aun se atreve á levantar la vista á la Madre de Míse-



ricordia... ¡Oh!... Ese hombre es un desgraciado que invoca el auxilio del cielo, y se consuela llorando á los pies de María, amparo de afligidos: es un alma que ora. El templo es la morada del Eterno; es un lugar santificado donde tienen su asilo los que sufren, donde se aspira el perfume de la oración, donde el espíritu se siente elevado hacia Dios retirándose del mundo, donde el pecador oye interiormente la amorosa voz que le perdona; donde el triste siente una dulzura infinita que le hace llevaderas sus desventuras... ¿Será posible, Dios mío, que haya hombres que no sepan orar?

¡Mundanos, descreídos, egoístas, duros de corazón! Retiráos del mundanal bullicio y veréis qué tranquilidad se disfruta en la solitaria aldea en el seno de la familia; creed, esperad y veréis qué fácil, qué segura es la fe y qué hermosa es la esperanza; sed generosos y tiernos y sentiréis la dulzura que acompaña á las buenas acciones, ese goce celestial que proporciona la conciencia tranquila; sed buenos y conoceréis los encantos de la virtud!

¡El tiempo! Pasan los días con una velocidad increíble sin que nada baste á detener el tiempo en su carrera. ¿Habéis meditado alguna vez lo que es el tiempo? ¿Os habéis fijado en el presente de la vida que incesantemente se está alejando de nosotros? Los años han encanecido mis cabellos, dice el anciano, el tiempo ha marchitado mi juventud, ha consumido mis fuerzas y va acercando cada vez más el término de mis días. Jóvenes que os halláis en la primavera de la vida, acordaos de que el tiempo á nadie perdona; la juventud se acaba y la vejez viene pronto. ¡Dichoso aquel que sabe aprovechar el tiempo!

BENIGNO BOLAÑOS Y SANZ.

### PREOCUPACIONES VULGARES

CONTRA EL CLERO Y LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS

**E**NTRE las preocupaciones que cunden en materia de religión, merece figurar en primer término una que, por decirlo así, las abarca todas: aludimos á esa prevención, ese recelo, y si hemos de hablar francamente, esa animosidad que inspira á muchos cuanto concierne al clero y á los institutos religiosos. Esta preocupación fatal, que á tantos aleja de Dios y de su Iglesia, es demasiado notoria para que tratásemos de cubrirla. Se manifiesta con harta publicidad en los escritos y en las palabras de los que la abrigan y fomentan, para que nosotros creyésemos prudente hacer de ella un misterio, y condenar al silencio las consideraciones á que da lugar.

Ante todo, confesaremos ingenuamente que cuando vemos á una parte de la humanidad víctima de estos ó de otros errores semejantes, nuestra frente se inclina al suelo con dolor, y nuestra alma siente una verdadera compasión hacia esa pobre víctima que camina tan engalanada al altar del sacrificio. ¡Qué idea tan triste, en verdad, que el hombre, rey de la naturaleza, dominador del universo, el ser razonable por excelencia, se entregue atado de pies y manos á una quimera, á una ilusión, á veces funestísima, y que en perseguir esta quimera emplee su razón, su poder, sus fuerzas y su vida entera! Y que haya en el mundo miles y miles de personas que viven de este modo, y no depondrán sus ilusiones hasta que la muerte haya venido á enseñarles la realidad de las cosas! Humillémonos al considerar la pequeñez de la inteligencia humana, y el predominio que el genio del mal ha llegado á alcanzar en ella.

Pero no basta lamentar estos errores. Es preciso procurar desvanecerlos, llevando á ellos la luz de la verdad. Es preciso, á lo menos, intentarlo, ya que el conseguirlo no esté siempre en nuestra mano. Llamemos, pues, la atención de nuestros lectores hacia las consideraciones que naturalmente se ocurren al tratar este asunto.

¿En qué puede consistir, nos preguntamos nosotros, la prevención con que miran algunos á esos institutos y á esas personas religiosas que sólo deberían inspirarles amor, respeto y veneración profunda?

¿Consistirá acaso en que los que tienen el corazón y la vida apegados á esa atmósfera de ilusiones y de errores que envuelve por todas partes al mundo, no pueden mirar con ojos serenos á los que enseñan la verdad, la verdad pura y sencilla, al par que severa y precisa, donde no caben esos acomodamientos sin los cuales no se sabe vivir en sociedad y que arreglan la moral al gusto particular de cada individuo?

¿Consistirá en que el espíritu independiente de ciertos hombres repugna humillarse á la autoridad que reside en la Iglesia, que es la autoridad por excelencia, la autoridad que no puede eludirse ni desconocerse sin echarse encima el anatema de la reprobación eterna, y á que hay que someterse de

grado ó por fuerza, porque habla en nombre de un poder superior á cuanto existe sobre la tierra?

¿Consistirá en el antagonismo que reina entre esa vida del mundo, donde todo se hace con ruido y alboroto, donde para todo se vocifera, y ese espíritu humilde y sencillo, á favor del cual llevan á cabo los hombres de Dios las mas arduas empresas, y lo gran extender su reino por toda la vasta extensión del universo?

¿Consistirá más bien en que de todas estas cosas, de ese triple antagonismo que reina entre la verdad y el error, la autoridad y la independencia, la humilde sencillez y la vocinglera altanería, se forma uno que en nombre de las ideas del mundo rechaza á sus ministros, ó una falsa conciencia que condena sus actos para no verse en la obligación de tributarles homenaje?

De todo esto, y especialmente de lo último que acabamos de decir, hay mucho, á nuestro juicio, en esa preocupación que lamentamos. Porque ¿qué son sino resultado de esa falsa conciencia y de ese espíritu obcecado con que se juzga al clero y á los institutos religiosos, esas prevenciones tan infundadas y tan ridículas de que son objeto, y que imaginan misterios, planes tenebrosos, miras ocultas, secretas ambiciones, y no sabemos cuántas cosas más, en la conducta y en los actos de los hombres consagrados á Dios?

Si un rayo de luz penetrase en las inteligencias donde hoy se albergan semejantes preocupaciones, sería imposible que no empezaran á preguntarse á sí mismas: pero ¿qué ambición es la que suponemos en el clero? ¿Es, decimos, la de extender el poder de la Iglesia? ¿Y qué entendemos por el poder de la Iglesia? Si es el espiritual, éste le pertenece, y debemos desear que sea suyo cuanto se extiende de un polo al otro polo. Si es el temporal, la Iglesia no lo quiere ni lo busca fuera de sus propios estados. ¿Es acaso la ambición de extender la influencia personal del clero? ¿Y qué señales vemos de esa influencia personal? ¿Dónde están los honores, los mandos, las grandezas, los palacios y los trenes de los ministros del Señor? ¿No es ridículo atribuirles constantemente ese afán de engrandecerse, y verles constantemente pobres, reducidos á unos exigüos medios de subsistencia, y trabajando con el sudor de su rostro como el último de los jornaleros? Si se les concede talento y habilidad, ¿cómo se concibe una ambición que los mantiene en una oscuridad perpetua? Pero se dice que lo que buscan es dominar en las conciencias y en los espíritus. ¿Y qué es lo que van á hacer con las conciencias y los espíritus? ¿Van á sacar alguna utilidad de ellas en provecho propio? No, se replica; sino que por esos medios procuran extender el poder de la Iglesia. — Pero entonces volvemos otra vez á donde hemos empezado, y preguntaremos otra vez, qué es lo que se entiende por el poder de la Iglesia, y nos encerraremos en un círculo, del que no acabaremos de salir nunca.

¿Qué pobres ilusiones, qué risibles quimeras las que así trastornan, no sólo á los hombres vulgares, sino á algunas inteligencias elevadas! Porque el espíritu de Dios procede en todo por opuestos caminos al espíritu del mundo; porque las tareas evangélicas se desempeñan sin ruido ni aparato; porque la humildad, la sencillez, la prudente y discreta reserva son el sello característico de la conducta y de los actos de los ministros de la Religión; la intolerancia de los mundanos, sin detenerse á apreciar las razones de esa diferencia, y deseando hallar en ella un pretexto para sacudir el yugo de la Religión, se forja un fantasma de esa conducta tan digna de ser imitada, y no duda en calificarla de la manera desfavorable é insidiosa que antes hemos dicho, sirviendo esta preocupación general como de base y de entrada á todas las demás que en pos de ella vienen, y especialmente á las que se forjan en los espíritus incrédulos ó vulgares sobre eso que se llama «misterios» en la manera de obrar de los sacerdotes.

¡Oh! Nada hay en los actos y en la conducta de los ministros del Señor que ellos tengan interés en ocultar á nadie. Pública es su vida, su doctrina, la misión que ejercen, y abierta por todas partes á las miradas de todos. Y si bien se observa, ¿qué le interesaría á un sacerdote, cuando interviene en uno de esos actos que exigen reserva, sino que lo que ha hecho fuese público para honra suya? ¿Qué papel representa en esos dramas secretos en que se le llama á tomar parte, sino el de llevar el perdón al arrepentido, el consuelo al atribulado, la paz al seno de la discordia, el consejo al que lo há menester? ¿Cuál es su conducta en estas circunstancias sino el obrar conforme á las máximas de la Iglesia, en un espíritu de benignidad, de clemencia y de tolerancia, que llega hasta el último término á donde es posible llegar? ¿Por qué se hace misterio de estas cosas sino porque lo exige así el mien nombre del

uno, el honor del otro, la reputación de esta joven, la tranquilidad de aquella familia, y el mismo decoro público, interesados todos en que estas cosas queden ocultas? ¿Qué habrían de hacer los sacerdotes en estos casos? ¿Imitar la conducta del mundo, que se complace en publicar las debilidades, las miserias y hasta los delitos de los prójimos, gozándose en esto con una fruición indecible?

La verdad es, después de todo, que el motivo por que se mira con tanto recelo al sacerdote es poco noble, aun consideradas las cosas bajo un aspecto puramente humano.

Se le mira con recelo, porque es el centinela avanzado del bien y el que da la voz de alarma cuando se presenta el mal á sorprender á los soldados de Jesucristo; porque en sus consejos y en su autoridad encuentra un antemural inexpugnable el que quiere corromper la virtud, el que quiere publicar malos libros, el que quiere inducir á otros á tomar parte en empresas reprobadas, y el que quiere desacreditar las creencias religiosas. Se le mira con recelo, porque es el celoso mantenedor de la dignidad del hombre, que consiste en la virtud; y de su libertad é independencia, que consisten en vencer la tiranía de las pasiones; y el que sólo quisiera ver entre sus semejantes esclavos de su voluntad y de sus caprichos, se indigna de ver en aquellos á quienes dirige un sacerdote esa firme independencia que levanta serena su frente contra el mal y desprecia sus viles seducciones. Se le mira, en fin, con recelo, porque sólo la virtud produce hombres dueños de sí mismos, enteramente desprendidos de cuanto les rodea, y superiores á todas las preocupaciones que dominan al mundo; y los que arrastran sus cadenas miran con envidia á esos hombres y con temor á los que saben formarlos y dirigirlos.

A no ser por esto, sería imposible que no se hiciera justicia en todas partes al carácter del sacerdote y del religioso. Uno y otro han renunciado á cuanto hay de más querido, familia, riquezas, comodidades y placeres, y abrazado lo que hay de más penoso, la mortificación, el sacrificio, la pobreza, la humildad y la abnegación. Vedlos, al uno en el servicio de su iglesia y al otro en el de su convento, levantarse mucho antes del día durante las heladas noches del invierno para ofrecer á Dios el augustísimo sacrificio que atrae su misericordia y distribuir el pan de vida á los que van á buscar el alimento del alma. Vedlos después consagrados largas horas al tribunal de la penitencia, oyendo á todos con incansable paciencia y despidiéndolos perdonados, alentados y consolados. Vedlos trasladarse junto al lecho del enfermo ó del moribundo, á prodigarles sus consuelos y fortalecerlos en su último trance, sin reparar nunca en lo repugnante ó asqueroso de la enfermedad ó en el peligro del contagio. Vedlos dirigir con sus luces y con sus consejos todas las obras que se emprenden para la gloria de Dios y para la propagación y fomento de las virtudes cristianas. Vedlos, en fin, para hacer todo esto, no perdonar esfuerzo ni fatiga, prescindir del sueño, de la comida y hasta del reposo necesario para reparar sus fuerzas; soportar con alegría en el rostro y con espíritu animado, no sólo esto, sino, lo que es peor aún que esto, los recelos, las prevenciones, las animosidades y hasta la persecución abierta y declarada de esa sociedad, con la que no han cometido otra culpa que la de hacerle todo el bien posible. ¡Oh! cuántos de ellos podrían decir con el Divino Maestro, cuando lloraba sobre la ingratitud de los judíos: «Pueblo mío, ¿qué te he hecho ó en qué te he contristado? ¿Y qué he debido hacer por tí que no haya hecho?»

M. ANTEQUERA.

### LA FE Y LA DUDA

A mi antiguo amigo D. Mario Jiménez.

I

— «Somos hijos del siglo; el siglo duda, y es preciso dudar, hijo del siglo.» — Así el escepticismo á cada instante murmura en nuestro oído.

— «Somos hijos de Dios; sin Dios no hay nada, y esperar y creer nos es preciso.» — La voz de la razón nos dice siempre con sus callados gritos.

— «La duda... ¿tú no sabes que es la duda? — exclama el que no cree — pues es lo mismo que quitarle al esclavo sus cadenas, sus rejas y sus grillos.

«Lo propio que gozar una ventura, cuyo límite raya en lo infinito; tener siempre á la vista un Océano de goces y de vicios.»



«El vicio no es tal vicio; no lo creas;  
es un sofisma... el crimen inaudito  
es aquel por el cual nos apartaron  
de tan bello camino.»

El crimen es aquel que cometieron  
los padres y maestros; los que han dicho  
que Dios era el principio de la vida,  
y Dios nuestro destino.

«Los que nuestras pasiones combatieron,  
cuando apartarnos de ese Dios quisimos;  
el vicio es el placer de los placeres,  
el mismo Paraíso.

Y nos dice, entre tanto, la conciencia:  
—«¿Sabes lo que es la fe? Pues es lo mismo  
que esperar y creer, y hallar ventura  
hasta en cualquier suplicio.

«Lo propio que esperar tras de la muerte  
un algo incomprensible é infinito,  
cuya luz indecisa y misteriosa  
alumbra tu camino.

«Es encontrar á Dios en todas partes,  
y tributarle adoración rendido;  
es hacer de la tierra que habitamos  
un nuevo Paraíso.»

## II

Aunque no soy la razón  
ni el escepticismo soy,  
mi opinión á darte voy,  
aunque es bien pobre opinión.  
Y porque, también, dudé;  
y porque, también, creí,  
te voy á pintar aquí  
lo que es la duda y la fe.

## III

Sendero sin rival, camino hermoso  
donde el jazmín se trenza con el lirio,  
donde ofrecen su aroma voluptuoso  
el nardo y el jacinto.

El árbol presta sombra; el suelo flores;  
el sol alumbra tan amenos sitios;  
los arroyuelos brindan su frescura,  
los pájaros sus trinos.

La planta se desliza suavemente  
y los ojos se cierran aturridos;  
tanta belleza nuestra mente ofusca...  
¡Qué hermoso es el camino!

El que á dudar empieza, se convence  
de que si esta es la duda en el principio,  
encontrará al final de la jornada  
tal vez el cielo mismo.

Y cerrados los ojos, sonriendo  
con la sonrisa de engañado niño,  
sigue su paso, y despeñado cae  
en hondo precipicio.

Y, en fin, cuando ya es tarde, entonces solo  
abrir quiere los ojos, y al abrirlos  
le da el mundo por único consuelo  
la dicha del suicidio.

Esa la duda es; la horrible duda.  
Al comenzar, sendero muy florido;  
después, espina que destruya el alma  
cual bárbaro cilicio.

Serena noche que la brisa orea  
con el modesto aroma del tomillo,  
y esperanza en un sol de luz radiante,  
espléndido y tranquilo.

Sendero sin espinas y sin flores,  
siempre igual, siempre fácil y sencillo,  
donde el rumor de una oración reemplaza  
al mundano ruido.

La blanca aurora á iluminar comienza  
con su tono de luz, aún indeciso,  
y poco á poco aprecia nuestra vista  
el pintoresco sitio.

Por fin, el sol en el Oriente asoma;  
las aves dejan su callado nido;  
y la magnolia brinda sus olores,  
los pájaros sus trinos.

Y el que esperó en el sol, que ya colora  
bosques cubiertos de pintados lirios,  
á Dios eleva esta oración ferviente:  
«¡Gracias, Dios mío!»

Esta es la fe; la fe de nuestros padres;  
la fe que adora á Dios; la fe que ha dicho:  
—«Espera y cree»—la fe, por la que el mundo  
se cambia en paraíso.

## IV

Esta es mi pobre opinión;  
la opinión que te ofrecí  
yo, que ni escéptico fui  
ni oídos presté á la razón.  
Y te diré al terminar,  
porque es verdad, que á mi ver  
no comencé á padecer  
hasta que empecé á dudar.

MARTÍNEZ PARRA.

## CLAUDIA PROCULA

## I



ALUD, auras embalsamadas de los cre-  
pusculos primaverales; salud á vosotras  
que no parece sino que bajáis del cielo  
para adornar la tierra! ¡Cuántas veces, al  
murmurio de vuestros benéficos hálitos, he creído  
ver los ángeles de la Providencia extendiendo alfom-  
bras de verdura sobre los callados sotos del Henares  
ó del Jarama; colocando el entreabierto botón en  
los árboles de sus bosques; llenando de florecillas el  
suelo, y de perfumes el espacio, y de no imitadas  
armonías la soledad de los valles y las cascadas del  
río; abriendo las puertas del cielo para los días de  
Abril, que son los días de las esperanzas inocentes,  
y preparando los caminos á las auroras de Julio, que  
serán las auroras de bendición y de riqueza! ¡Salud  
otra vez, vivificantes espíritus de la primavera! ¿Será  
verdad, que al paso que rejuvenecéis los campos,  
venís también á engalanar las almas con nuevas  
flores de consuelo, de amor, y de purísimas alegrías?  
Si no, ¿por qué está unido á vuestro anual tránsito  
por el mundo el recuerdo del gran misterio, el re-  
cuerdo de la Redención humana, primavera feliz sin  
la cual no podría llegarse á la recolección de biena-  
venturanzas eternas? Revolad, pues, sobre mi frente,  
vientecillos de las mañanas de Marzo; revolad, auras  
melancólicas de sus tardes. Volved fecunda y viva  
una imaginación perezosa y acaso moribunda. Con  
inocentes y no vedadas ficciones intento pintar esce-  
nas que se enlacen con la escena inefable, digna de  
ser repetida solamente por el labio de los sacerdotes  
del Altísimo, que son los depositarios de la pluma  
que dió vuelo al águila de Patmos; mas si esa pluma  
no cabe entre profanos dedos, cabrá entre los míos  
la inofensiva y humilde lira que debí al cielo para  
cantar á veces la grandeza de sus misericordias.  
¡Dios mío, que mientras yo pueda agitar sus cuerdas  
no produzca reprobadas modulaciones! ¡Inspiradme,  
Dios mío!

## II

¿Quién es esa mujer muellemente recostada sobre  
ostentoso lecho de púrpura? Duerme su cuerpo,  
pero está en vela su espíritu. Hermosa como la luna,  
no cual se muestra á nuestros ojos plateando las co-  
linas, sino cual apareció en el firmamento al recibir  
su existencia en el día cuarto, esa dormida matrona  
parecería la imagen de la felicidad sobre la tierra, si  
algún convulsivo é involuntario movimiento no re-  
velara que la dicha perfecta no es de este mundo.  
Su cabello, rubio como un campo de sezonadas  
espigas, rueda en ungidos bucles sobre los perfu-  
mados almohadones, y una cinta de mürice, cual  
un rastro de amapolas, circuye su frente. Caídos sus  
párpados sobre la rosa y alabastro de sus mejillas,  
entreabiertos sus labios cuyo color pudieran envidiar  
las flores del granado, solamente la mano y el ante-  
brazo derecho, que semejaban robados de los ta-  
lleres de Fidias, habían podido escapar á los pom-  
posos repliegues de su túnica, verde como los mirtos  
de Pafos, ceñida al talle con cinturón de oro y re-  
camada en su fimbria con dibujos de perlas orien-  
tales. Blanca sandalia servíale de calzado. Diríase  
que habían pasado sobre su frente unos seis lustros  
desde que su labio dejó de encontrar alimento en  
el pecho de su madre.

Si tan brillante atavío no revelara la calidad de  
esa hermosura y la época en que nuestra imaginación  
debe contemplar su existencia, pudiera confirmarlas  
el aspecto del aposento en que yace. Adornan sus  
paredes láminas de bronce bruñido, que reflejan á  
maravilla la imagen que se les presenta. Liso varal  
de plata, retenido en el centro del cubículo por  
una tallada trípode, sostiene en su parte superior, y  
como á tres ó cuatro codos del marmóreo pavi-  
mento, una lámpara que convierte en resplandores  
tranquilos el suave licor de la especiosa oliva de los  
campos, semejante á líquidos topacios. Cuatro pe-  
queñas estatuas de oro, representando semblanzas  
como de personas venerables, ocupan los ángulos  
de la estancia; y sobre tabla de mármol pario, la

clepsidra<sup>1</sup> de linfa transparente, iba marcando el  
curso de las perezosas horas de la noche. Es, pues,  
sin duda alguna, una matrona romana del tiempo  
de los primeros Césares la que intranquilamente  
dormía. Pero no está sola. ¿Habían de faltar, en los  
diferentes destinos de la esclavitud, ungüentarios ó  
cubicularias que le guardasen el sueño, siendo tan  
principal señora?

Por eso, á un lado de la estancia, vestida con  
túnica de lana cenicienta, entrelazadas sus negras  
trenzas con las vendas de una toca al modo de las  
que usaron las hijas de Betulia en el día de su aflic-  
ción, otra mujer, que frisaría apenas con los veinte  
años, ha desdeñado la piel de pintado tigre desti-  
nada para su regalo, y está sentada sobre la dura  
losa. Rueda por su mejilla, y va á caer en su seno,  
alguna lágrima solitaria: así durante la primavera  
resbala una gota de rocío desde los pétalos del lirio  
de los valles, hasta el amoroso nido de los ruiseño-  
res; y no de otro modo se hubiera dibujado la  
estatua del arrepentimiento y de la penitencia, si en  
el pueblo judío, al que por su traje parecía corres-  
ponder la desolada vigilante, hubiera sido lícito  
representar figuras ó imágenes humanas. Pero ambas  
personas y el aposento descrito se encontraban en  
el palacio de un presidente de Judea, mandado á  
Jerusalén por Roma la dominadora.

De improviso, incorporándose en el lecho la que  
en el lecho yacía, despidió uno de esos gritos in-  
articulados con que se anuncia un susto.

—¡Protina! añadió.

—¡Prócula! contestó la otra volando en su auxi-  
lio. Y por algunos instantes volvió á quedar en si-  
lencio la suntuosa estancia.

—¡Hija de las montañas de Samaria! No tornes  
á repetirme que tu ley te prohíbe interpretar mis en-  
sueños. Yo aquí no tengo arúspices, ni augures etrus-  
cos que me indiquen la voluntad de los dioses. Mira  
sus estatuas, guardadoras de mi aposento: están  
mudas. Toca mi frente: arde. Repara en mis insom-  
nios: son penosos. Pon la mano sobre mi corazón:  
palpita como si tuviera miedo.

—¡Miedo la esposa de Poncio! ¡Miedo tú, Clau-  
dia Prócula!

—Sí: he visto á un hombre semejante á un Dios:  
héle visto que venía sentado sobre las nubes del  
cielo. El mundo entero, los que son y los que serán,  
esperaban su juicio. Una eternidad de premio para  
los buenos; mas no en los Campos Eliseos de que  
me hablaba en mis jardines del Tíber. Una eterni-  
dad de castigo para los malos; pero no en el Tártaro  
del Áqueronte, no con el tormento corporal de  
Sísifo, sino con un tormento de espíritu, cuya idea  
aún tiene erizados mis cabellos! ¡Ay Protina! Yo no  
sé explicarte lo que he visto y lo que he sentido. ¡Ay  
de los de empedernido corazón! ¡Ay de los sober-  
bios! ¡Ay de los opulentos injustos! ¡Ay de los que  
rien sin tregua! ¡Ay de los que vieron al hambriento  
y no le alargaron del pan que les sobraba!...

—Sí, sí, interrumpió Protina en el momento sin po-  
derse contener. ¡Bienaventurados los limpios de co-  
razón! ¡Bienaventurados los pacíficos! ¡Bienaventura-  
dos los que lloran y los que padecen persecución por  
la justicia! Suyo es el reino de los cielos.

—¡Protina, Protina! ¡Tú has tenido el mismo en-  
sueño! ¡Interpreta, explícalo!... ¡Qué maravilla!

—Nada he soñado; y aunque así no fuera, sólo  
podría acudir al sumo sacerdote Caifás, para que,  
revestido con el *efod* sagrado, explicara mis noctur-  
nales visiones: moriría de muerte si otra cosa hi-  
ciera. Pero serénate, Claudia Prócula: ni esa clepsi-  
dra, indicadora de tu opulencia, ni el canto matinal  
de los gallos, que es el horario de los pobres, anun-  
cian todavía los momentos de la tercera vigilia. Re-  
cuéstate y duerme.

—Entonces, ¿cómo has adivinado? Entonces...

—No he adivinado: he visto la realidad: he oído  
al Profeta de Nazaret: tuyas son mis palabras: tuyas  
las que revelan tu sueño: tuyas las que van derra-  
mando consuelos inefables en los corazones atribula-  
dos de Israel y de Samaria.

—¡Tú! ¿Y será verdad? ¿Tú conoces á ese de  
quien la fama con cien lenguas, con voladoras alas,  
con clarín de bronce anda anunciando por la Judea  
portentos indecibles? ¡Oh! ¿Crees tú que él pudiera  
leer en mi corazón como si le tuviese en su mano,  
aclarar los misterios que encierra, decirme por qué  
no soy dichosa, explicar la continua ansiedad que  
me devora, las aspiraciones nunca ni con nada sa-  
tisfechas, los ensueños que me agitan, la perpetua  
sed del alma que me tiene siempre intranquila, á mí,  
cuya voluntad pudiera ser la ley de Jerusalén en este  
momento?

—Prócula, el Hijo del hombre viene de más allá  
de las regiones de la vida. Él sabe donde reposa  
ahora el trueno que habrá de rugir al cumplirse

1 Clepsidra llamaron los romanos á sus relojes de agua.



veinte semanas de años. Él sabe por qué la sonrisa de la inocencia encierra el mismo germen de ventura que el llanto del arrepentimiento. Él no dice al mortal: *domina para ser feliz*, sino *ama y convertirás la tierra en paraíso*. Yo estaba como tú, y hoy, aunque mis lágrimas suelen servirme de pan en el día y en la noche, mi espíritu calma su afán con ellas, como las marchitas flores con las impensadas borrascas del estío.

— Habla, Protina, prosigue: los ecos de tu voz me parecen los ecos del arpa colia.

— Escucha. ¡No tengo padre; no tengo madre; no tengo hijo! Vivía en Sicar, y como á samaritana me desdenaban los fuertes de Israel. Un día á la hora de sexta, cuando el sol lanzaba sus más punzantes rayos desde la mayor altura del cielo, llegué

al manantial de Jacob para llenar el hidria. ¡Allí estaba: la majestad de su semblante anunciaba la interior divinidad de su esencia! ¡no nacerá de mujer otro que le semeje!...

— Pero ¿á quién aludes?

— A él, á Jesús: yo le proclamé el Mesías. Pidióme de beber, ¡él, betlemita, á mí, samaritana!... ¡Y el agua de mi vaso volvía á producir sed, y el agua de vida que él concede no la produce jamás! Después los ancianos de Solima me entregaron á tu esposo para que te sirviera de esclava. ¿Qué me importa ahora no tener padre, ni madre, ni hijo, ni libertad? Ya sé adorar á Dios en espíritu. Cumplidos están los días de la esperanza. Con nosotros es Cristo. Yo soy feliz, y mis culpas están [borradas del libro de los castigos.

— No te entiendo, Protina.

— ¿No me entiendes? Ven: tú verás de repente multiplicarse los cinco panes para alimento del pueblo; tú verás andar al tullido de antiguos días; tú verás la misericordia cayendo de lo alto sobre la mujer adúltera que se arrepiente; verás al huerfani-  
llo con amparo, al ciego con vista, resucitado á Lázaro, abrazados el pobre y el opulento, hermanos los hombres, patentes las puertas del cielo. Ven. No tendrás sed en el alma.

— Vamos, vamos.

Y Cláudia Prócula se levantó, ligera como la corza de Bethel, recibió sobre sus hombros la toga de púrpura que le vistió Protina, y ambas salieron de la estancia, á tiempo que la luz del día, esforzan-

### ESCENAS DE PÁSCUA EN LA ESPAÑA QUE SE FUÉ.



REUNIÓN DE MAJOS JUGANDO Á LA BRISCA.

dose por vencer la *pedra especular*<sup>1</sup> de una ventana, amortiguaba los resplandores de la lámpara compañera de las viglias.

#### III

Y ved aquí llegados los días de bendición y de redención. El Divino Reparador ha descendido á la tierra desde el seno del Padre: la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, difunde sus resplandores, y el mundo no la conoció. Hace más de diez y ocho siglos que Jerusalén tuvo como un instante de claridad: pero cerró los ojos al

<sup>1</sup> *Lapis specularis*: piedra transparente con que los antiguos cerraban sus ventanas.

momento. ¿Sería que quedó deslumbrada? ¿Sería que la justicia eterna la condenó á ceguera en castigo de sus culpas, y para dignificación de los humanos habitantes del orbe? Sin la ceguera judaica, ¿quién se hubiera atrevido á la gran ofrenda, quién hubiera osado inmolarse la inmensa víctima expiatoria? ¡Oh! Entonces ¡bendita la Providencia! Entonces ¡feliz la culpa deicida que produjo la redención de todas las culpas! Entonces ¡dichosa la locura del pueblo que, sin conciencia de su poder, labró la cadena de diamante con que dejó poderosamente unida la tierra con el cielo! ¡Oh pueblo desventurado! Pero ¡oh pueblos venturosos!

Mas prosigue tú, musa cristiana, musa de Sión, y dí como llega en triunfo á la ciudad de David el Deseado de las naciones.

El astro del día iba subiendo por la serena esfera, pródigo de inofensivos replandores, en una de las más tranquilas mañanas de Nisán (que así llamaban á Marzo los hebreos). Toda Judea había acudido á Jerusalén para la celebración del día festivo de los ácidos. Desde el torrente Cedrón hasta la fuente de Siloe, desde la puerta de Benjamín hasta el monte Moria en que descollaba el templo, la inmensa multitud de los hijos de Israel estaba esperando ansiosa alguna solemnidad. Todo es bulliciosa confusión todo es incesante movimiento, todo es rumor continuado y sordo, como el rumor de muchas aguas despeñadas. Aquí el cinor, el sambuca, el odre henchido de armonioso viento, el hugag de flautas acordadas, los címbalos y panderos mezclan sus armonías á las impacientes voces de las mujeres que



ESCENAS DE PASCUA.



¡ALELUYA! SEÑOR CURA, ¡ALELUYA!



llaman á sus hijuelos, de los jóvenes que cantan la belleza de sus futuras consortes, como cantaba Salomón las de la esposa, morena pero agraciada entre las moradoras de Solima. Allí los ancianos y los levitas se lamentan del desorden, y acrecen la confusión intentando disiparla. Mas allá sostienen las seculares palmeras, en vez de dorado fruto, racimos de hombres que las despojan de sus ramas. Quién manda al suelo desde lo alto deshojadas flores y destrozados mirtos, quién grita, quién ríe, quién llama, quién vocea, quién disputa. De repente otra apiñada multitud, que se va empujando sin compasión hacia adelante, llega mandando al viento las repetidas voces de triunfo: ¡Hosanna, hosanna! Los espectadores alfombran con sus mantos el camino. Un prolongado grito de aclamación sube vibrante hacia la esfera, y millares de manos blanden sin tregua recién cortadas ramas de palma y oliva.

— ¿Quién es el digno de tantas honras y de tal entusiasmo? ¿Dónde están los poderosos caballos del color de la nieve, dónde el carro de marfil con sus laureles, dónde los despojos de las vencidas comarcas, donde el héroe que lleváis á vuestro Capitolio?

Estas preguntas dirigía una matrona romana á su sierva, en quien se apoyaba fuertemente para que las oleadas de la muchedumbre no la arrastrasen. Con el inmenso clamoreo que las rodeaba, la esclava apenas pudo escuchar; pero extendiendo el brazo y el índice: — ¡Mira! — dijo: y exclamó también: — ¡Hosanna! — Y ¡Hosanna! repitió su señora sin poderse contener. Y ambas como todos gritaron: ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

Venía en efecto; no sobre dorada carroza tirada por tigres y leones, sino sobre humilde jumentilla. ¡Quién podrá pintar la majestad de su semblante! ¡Quién el tinte de divina melancolía que lo adornaba! ¡Quién el inmenso amor con que, levantados sus brazos, parecía atraer sobre la tierra las bendiciones del cielo! Diríase que innumerables legiones de ángeles se miraban en sus ojos como en un claro remanso de los ríos del paraíso que les sirviera de espejo. Flotaban al cariñoso impulso del aura su túnica y su manto de lana pura, sin mezcla alguna de hilo, que casi cubriendo el manso animal en que cabalgaba, hubieran llegado al suelo á no impedirlo el labio de la desgracia que los retenía con el beso de la gratitud. El antiguo paralítico caminaba á su lado; el antiguo ciego no se hartaba de mirarlo; el antiguo cojo saltaba ante él como David ante el Arca; el antiguo demente le dirigía concertados cánticos de alabanza; la antigua viuda de Naim le presentaba lleno de vida el hijo que llevaron á enterrar; Lázaro le mostraba el sudario con que aprendió por tres días el secreto de los sepulcros. El fastuoso cortejo de la miseria humana, proclamando su alivio ó esperando encontrarlo, le acompañaba ó seguía al entrar por Jerusalén. ¿Cuándo la vanidad, la adulación ni la soberbia terrenal presentarán ovación semejante á los dominadores de las naciones?

Entonces; y mientras acababa de pasar la muchedumbre de los hijos de Israel, dos mujeres se hablaban á un tiempo.

Dijo la una: — ¡Oh portento! Mis ensueños no me engañaron. El es: el dispensador de la felicidad en esta vida, el juez de inefables premios ó de inefables castigos para la eterna. ¡Oh tú, Sócrates ó Míno, Dios, ó Hijo de Dios velado en figura humana, enséñame la manera de adorarte, y seré feliz.

Dijo la otra: — ¡Jesús! ¡verdadero Mesías, Hijo de Dios vivo! Tú me enseñaste en el manantial de Jacob á adorar al Padre en espíritu y verdad. Yo te bendigo, y soy dichosa.

Y entrambas se retiraron, al parecer abismadas en profundas meditaciones. Eran Claudia Prócula, noble matrona romana, y su sierva Protina, natural de Sicar en Samaria.

## IV

No han transcurrido tres días: el tiempo acerca las horas del poder de las tinieblas. Los herodianos, los saduceos, los fariseos y los sacerdotes han visto el entusiasmo del pueblo; el demonio de la ambición y del orgullo los agita; sin convocarse, reúnen en conciliábulo de iniquidad; siembran la calumnia, derraman la seducción, compran la lealtad (¡hallado un Judas que se la vende!) y deciden la muerte del Justo. Ya está en su poder: ya la escena ha cambiado: ya las aclamaciones de triunfo se han convertido en imprecación y grito de muerte. De Getsemani han partido los crepúsculos de una agonía que empieza produciendo sudores de sangre. El Inmaculado está escupido; el Bienhechor preso y arrastrado; examinado el Maestro; el Rey de gloria hecho varón de dolores; el Inocente reputado cual malhechor; el Santo esperando sentencia capital infamatoria. ¡Jeru-

salén, Jerusalén! ¿Quién te ha embriagado? ¿A dónde corres como furiosa blandiendo antorchas funerales? ¿Qué logras con presentar ese Cordero en la morada del príncipe de tus sacerdotes? Ya no eres la ciudad reina: ya ha caído el cetro de las manos de Judá: tu Caifás no tiene jurisdicción de muerte: puede martirizar la víctima, pero no decretar su inmolación: eres esclava de Roma.

— ¡Oh rabia! ¡oh furia! ¡oh desesperación!... ¡Al Pretorio! ¡Al Gab batha! ¡Al presidente Poncio Pilato! ¡Al delegado del César!...

Así vociferaba la seducida muchedumbre que se empujaba en los atrios de la casa de Caifás pontífice, ó se arremolinaba en la plaza por penetrar en ellos. Sólo una mujer pugnaba contra la corriente de aquellos centros de iniquidad. Era Protina. Logró vencerlos, y corriendo solitaria por las calles de Jerusalén hacia la mansión de Prócula, se parecía á las sombras de la noche huyendo de la aurora de la Paréceve que venía. Era el instante en que el tercer canto del gallo que la predecía, despertaba remordimientos en el corazón de un galileo, principal discípulo de Jesús, que acababa de negarle cobardemente.

Protina corrió, voló, llegó al Pretorio. Conocida sin duda por los vigilantes legionarios, tuvo franca la entrada, y apareció anhelante en el aposento de su señora.

— Claudia, tu sierva ha cumplido tus órdenes. Quieren que muera: son como tigres que se disputan una ovejilla. Van á venir aquí en demanda de la sentencia fatal... No hay tiempo que perder.

— ¡Sentencia aquí! No será. ¡Se abismarán los cielos sobre este palacio! Y si luego, como Hijo de un Dios, vencía las cadenas del sepulcro!... ¡Ay del inicuo sentenciador!... ¡Ay!... Ven conmigo.

Y se lanzaron hacia un pórtico sostenido por columnas de jaspe. Dos esclavos atrienses abrieron de par en par la puerta de madera de Sethim que allí estaba, en cuanto conocieron que una de las dos personas que se acercaban era Claudia Prócula. Ambas entraron en un magnífico aposento: el cubículo de Poncio Pilato, presidente de Judea á nombre de Tiberio Claudio Nerón, César Augusto. Poncio se hallaba inquieto: estrujaba en su puño algunos repliegues de la toga de púrpura, mal sujeta en su hombro izquierdo: media una y otra vez la estancia con desatentados pasos; contaba, sin saber para qué, las luces de un candelabro de bronce, y paraba de vez en cuando atentísimo oído, como quien teme escuchar sonidos desagradables y frunce el entrecejo antes de que le hieran el tímpano. Al ver á sus huéspedes, paróse. Claudia se adelantó, hablando con precipitación desde antes de acercársele.

— Sé por experiencia que no eres malo: sé por experiencia que eres débil: no consientan los dioses que sepa por experiencia que tu debilidad te ha hecho inicuo.

— ¿Qué sucede? ¿Qué quieres decir?... Y extendiendo la mano, como para suspender por un momento la palabra de su interlocutora, abrió de golpe una ventana y añadió con voz resuelta: — Centuriones, que se tripliquen las guardias que mandé duplicar no ha mucho.

— ¡No es eso, no es eso! Jerusalén ha enloquecido. Pretende manchar con cieno la sagrada estatua de Temis...

Poncio Pilato cubrió en el instante con una cortina de escarlata la estatua de la justicia que decoraba el aposento, se colocó delante como para resguardarla y añadió:

— Nada temas.

— ¡Qué nada tema! Escucha.

Escuchábase ya en efecto un rumor lejano, pero confuso, inmenso, indescriptible, tremendo, como el del huracán cuando se acerca empujado por el trueno en horas de tempestad.

— ¿Y á dónde va Jerusalén?

— Aquí viene, aquí se dirige, á tí te busca.

— ¡Aquí!... No entrará aquí: quedaría impura para celebrar mañana su festividad pascual...

— Por eso quiere hoy mismo la muerte...

— ¿Para quién? — dijo asustado Poncio.

— Para Jesús.

— ¡Bah! ¿Y qué te importa?

— No sabes lo que he padecido, lo que padezco, mis sustos, mis visiones, mis ensueños... Prométeme la vida del Justo. ¿Qué te va en ello? Es tu deber.

— Bien; pero...

— Me llamo también Claudia...

— ¡Como Tiberio. Pudiera ser su afín! A ella debí mi cargo...

— Soy tu esposa...

— (Ellos vendrán diciendo que ha querido ha-

cerse rey, que es enemigo del César, que lo soy yo, si le salvo...)

— ¡Poncio Pilato!

— ¡Claudia Prócula!

Estos dos vocativos pronunciados á la vez y en son de pasmo, se unieron á la súbita aclamación de muerte que acababa de partir de la plaza del Pretorio, haciendo retremblar el edificio, y llegando hasta las nubes en desacordes ecos.

Poncio Pilato quedó pálido en un momento de indecisión. Parecía que no encontrando á la dignidad á quien pedir consejo, llamaba á la astucia para que se lo diese.

La frente de Prócula tiñóse de carmín: no se sabe si á impulsos de impaciencia, de lástima ó de rubor. Era de nobles sentimientos la suntuosa romana.

Por fin, el pretor se dirigió precipitado á la estancia de su tribunal, diciendo á Claudia Prócula:

— Espérame aquí; — á unos soldados que se acercaban presurosos:

— Traedme bien asegurado al facineroso Barrabás; — y añadiendo para sí:

— Encontré al cabo medio para agradar á todos. No ha sido poca fortuna, ni despreciable inspiración de los dioses, á instancias de mi sagacidad.

Y desapareció.

Y Claudia Prócula arrojóse en los brazos de Protina, y el diabólico motín de fuera subía de punto. Y ambas lloraban.

Las angustias del Santo de los Santos ascendían al cielo en holocausto propiciatorio. Las horas de la redención del mundo viajaban sobre la tierra, de paso hacia la eternidad de los tiempos... Los ángeles las contaban atónitos. ¿Cómo los hombres pueden olvidarlas!

Cuando el astro del día iba acercándose al cenit, volvió Poncio Pilato (enjugándose las manos que acababa de lavarse delante del pueblo deicida) al sitio en que impaciente le aguardaba su esposa: al verla bajó los ojos como corrido. Fijó en él Claudia una severa mirada, sin desplegar los labios.

— Lo he mandado azotar como á un esclavo, lo he dejado coronar de espinas como á rey de farsa, lo he convertido en varón de dolores, lo han visto y han preferido la vida de Barrabás: allá se las hayan: mi prudencia ha dado de sí cuanto podía: ellos lo llevan á muerte de cruz: lavé mis manos...

Dijo así Poncio Pilato.

— ¡Indigno! ¡Infame! No te llamarás ya el esposo de Claudia Prócula. Te detesto. Te repudio.

Así dijo Claudia.

Tomó de la mano á Protina, y la arrastró temblando hacia una escalera de mármol que conducía á la terraza descubierta y enlosada que servía de techo y de mirador á cada una de las casas de Jerusalén. Al presentarse en ella nada vieron más que una apiñada y extensa muchedumbre, que interceptando el verdor de las praderas por aquella parte, se adelantaba rumorosa hacia el Gólgota, colina oscura que cerraba el horizonte. Así se adelanta hacia el Mediodía horrído y rebramante nubarrón interceptando el puro azul de los cielos. Mas de repente oyen distintas dos palabras, salidas de aquel caos y pronunciadas á un tiempo como por labio de hombre y como por labio de mujer:

— ¡Hijo!... — ¡Madre!... — Un solo grito.

Pero hizo temblar la esfera.

Ambas espectadoras se abrazaron, y, sin hablar mostrábanse con el índice la cumbre del Calvario. Una especie de estupor inconcebible las dominaba. La atmósfera no sostenía una nube, el sol marcaba la hora de sexta, y sin embargo, el cielo se ponía negro como el manto de una noche sin estrellas. Rugen truenos subterráneos. Chocan sin ajeno impulso unas con otras las piedras. Claudia se imagina otra vez presa de sus terroríficos ensueños, pero está despierta. Ha visto levantarse tres cruces en la eminencia de la colina.

¿Qué harán ya esos dos seres abismados? No lo saben: no tienen fuerzas para nada, y caen de rodillas. ¡Era el instante en que todas las misericordias del cielo descendían sobre la tierra: era el instante en que Jesús moría crucificado en medio de dos ladrones!

## V

Las dos primeras adoradoras de la Cruz de redención (que había de ser también adorada en la prosecución de los siglos por todos los hombres regenerados) se levantaron. Ignoraban el tiempo que habían estado en la humilde y resignada postura. Pero ya no temían: ya no soñaba pavorosamente la una, ni era esclava la otra; se llamaban hermanas, y como tales huyeron juntas del palacio de la iniquidad, del palacio del Pretorio. Al salir de él acudía Josef de Arimatea en demanda de permiso para enterrar á Jesús ungiéndole con cien libras de mirra y de áloe.

1 Nihil tibi et justo illi: multa enim passa sum hodie per visum propter eum. — Evangelio de San. Mat., capítulo XXVII, v. 19.



Dos auroras más han brillado desde los cielos, y, sentados sobre sus luces, cantan ya millares de ángeles el triunfo de la Resurrección. Cundió por el mundo la Buena nueva. Claudia Prócula y Protina iban con los que la predicaban. Creyeron; y acaso repetirán ahora, después de más de diez y nueve siglos, en la Iglesia triunfante, el ¡aleluya! entusiasta en que está prorrumpiendo la militante...

Solamente sus cantares son los dignos de la Divinidad: cesen los míos. Pero que repitiendo aquéllos, podamos todos unirnos al *aleluya* interminable que se entona sin fin en las eternidades de tu gloria, Dios bueno, Dios redentor, Dios vencedor del pecado y de la muerte! — Amén.

J. J. C.

## BIBLIOGRAFIA

*El último estudiante*, novela original del MARQUÉS DE FIGUEROA.—Madrid, imprenta de Tello, 1883.

**N**o es desgraciadamente común en esta tierra la publicación de novelas de sana doctrina, inspiradas en ideas y sentimientos elevados. Así, cuando aparece alguna debe ser con doble motivo saludada con aplauso por los buenos. En esta ocasión los aplausos son merecidos además porque la forma literaria de la obra de que vamos a hablar, corresponde ciertamente al fondo.

Es *El último estudiante* una novela de costumbres españolas, de la que es protagonista un joven escolar que reúne todas las buenas y malas cualidades de los antiguos escolares españoles, con sus travesuras que no tienen sino muy poco de común con las de los estudiantes de ahora, eternos habladores de café, de clubs, de ateneos, donde aprenden lo que deberían ignorar, mientras ignoran lo que debían aprender.

Las otras figuras secundarias que el autor ha sabido presentar con recursos no vulgares, están bien delineadas, y los caracteres bien sostenidos hasta el desenlace. Felisa es un tipo simpático, por desgracia poco frecuente en estos tiempos en que las mujeres menos reflexivas que en otras edades, toman las resoluciones de que depende su porvenir obedeciendo al dictamen de un sentimentalismo absurdo ó de un utilitarismo repugnante, en vez de consultar seriamente su corazón y su inteligencia ante Dios.

El contraste que el autor presenta entre Antonia, hija de un exministro, joven educada á la moderna, y Felisa, educada á lo cristiano antiguo, es completísimo y digno de seria reflexión y estudio.

Además de la pintura de caracteres, tiene el libro cierto sabor gallego, como escrito que está cerca de Santiago, donde se desarrolla la acción, que realza su mérito. Quizá los primeros capítulos estén algo sobrecargados de descripciones, algunas de las cuales podrían suprimirse sin que perdiera nada la obra. ¡Pero algún tributo había de pagar el autor á las corrientes literarias de la época! Hoy se describe todo, y en realidad no siempre como el Sr. Marqués de Figueroa lo hace.

Está escrito *El último estudiante* á la antigua, es decir, en castellano puro, no en la jerga gongorina de algunos de nuestros modernos prosistas, ni mucho menos en la afrancesada de los escribidores de romances á cuartillo de real la entrega.

*La civiltà cattolica nei tempi presenti*. Opereta dedicata alla gioventù studiosa dal P. VINCENZO GASDIA. — Bolonia, imprenta Arcobispal, 1883.

Los padres de la insigne y benemérita Compañía de Jesús han levantado en la *Civiltà cattolica* un monumento impercedero á la causa de la ciencia, de la literatura y de la filosofía cristianas. Los tomos de dicha revista deben estar constantemente en manos de la juventud estudiosa que debe beber en tan purísimas fuentes.

Pero la *Civiltà cattolica* constituye una obra voluminosa, y los jóvenes de estos tiempos son poco amigos de estudiar en obras voluminosas.

Esto ha decidido al P. Gasdia á escribir el libro que tenemos á la vista, en el cual, después de referir la historia de la *Civiltà cattolica*, traza un cuadro admirable de las múltiples cuestiones que en sus páginas se encuentran planteadas y resueltas.

Puede muy bien decirse que la obra del P. Gasdia sirve admirablemente para que quien la lea entre en deseos veheméntísimos de estudiar en la *Civiltà cattolica* aquellas obras que más se adaptan á sus preferencias científicas y filosóficas.

*La religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*, por el P. JOSÉ MENDIVE, de la Compañía de Jesús. — Madrid, Tipografía Gutenberg, 1883

El libro de Draper, tan decantado por los amigos y fautores de la ciencia moderna, ha producido en

nuestra patria dos grandes beneficios, originando el admirable libro del sapientísimo P. Mir, traducido ya á casi todos los idiomas cultos de este antiguo mundo, y ahora la obra del P. Mendive, que hemos leído una y otra vez con grande provecho y singularísima satisfacción; por mentar sólo en este momento producciones debidas á miembros de la gloriosa Compañía de Jesús.

El libro del P. Mendive es al mismo tiempo que una refutación completa y acabada del libro de Draper, una apología del Catolicismo, destinada á vivir y á perpetuarse entre los estudiosos. En ella hace gala el autor de grandes conocimientos teológicos y filosóficos, y de haber estudiado las ciencias físicas y naturales en todos sus monumentos de alguna importancia, así de los antiguos como de los modernos tiempos.

Imposible es dar idea de esta obra, ni aun de sus principales capítulos, desde el primero, en que contraponen el autor la ciencia verdadera á la titulada ciencia moderna, es decir, á la multitud de sistemas é hipótesis á que injustamente se da este título, hasta el trigésimosegundo, en que combate el protestantismo en general y defiende con gran copia de erudición y doctrina la infalibilidad pontificia, poniendo el sello á la larga y completa demostración de que no existen ni pueden existir conflictos entre la razón y la fe.

Ya que esto no nos sea posible, permítasenos que nos felicitemos en el Señor de que de un mal haya resultado un bien; de que de la aparición de la obra de Draper haya resultado la de la preciosa y magistral obra del P. Mendive, que le hubiera conquistado ciertamente un puesto distinguido entre los grandes escritores y filósofos españoles, si no lo tuviese bien merecido ya por otras producciones no menos magistrales y preciosas.

Terminamos enviando al sabio Jesuita nuestros más sinceros plácemes por su nueva obra.

I.

## LOS GRABADOS

GUSTAVO DORÉ, CÉLEBRE ARTISTA FRANCÉS  
† en 23 de Enero último.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha publicado muchos dibujos de este malogrado artista, que ha bajado al sepulcro en la plenitud de su genio. Nada más justo que rendirle este tributo de admiración, tanto más merecido cuanto que por sus ideas cristianas y realistas tuvo que arrostrar durante muchos años la prevención y la frialdad del público francés, entregado por completo al nuevo paganismo.

Había nacido Gustavo Doré (cuyo retrato puede verse en la página 313) en Strasburgo, en Enero de 1832, é ingresó en el Liceo Carlomagno, en París, en 1845; tres años después colaboró con Mr. Bertall en el *Journal pour rire*, y expuso en el *Salón* varios dibujos á la pluma, que fueron bien acogidos por la crítica; en los concursos de los años siguientes presentó algunos cuadros de mérito, como los paisajes *Les Pins sauvages*, *La Prairie*, *Les Deux héros*, *Le Soir* y otros, ganando una Mención honorífica en 1857, por su cuadro *La Bataille d'Inkermann*; por entonces también comenzó á publicar excelentes dibujos en periódicos ilustrados; fundó (con M. Philippon) el *Museo Anglo-francés*, y dió magnífica prueba de su gran talento artístico en las hermosas ilustraciones de las obras de Rabelais.

Puede decirse que desde esta época data la celebridad de Doré como dibujante: ilustró sucesivamente las ediciones monumentales de los *Contes drôlatiques*, de Balzac; los *Essais*, de Montaigne; la leyenda del Judío Errante, de Sue; el *Voyage aux Pyrénées*, de Taine; los *Contes*, de Perrault; el *Infierno*, del Dante, en 1861, y después el *Purgatorio* y el *Paraíso*, completando la ilustración de la *Divina Comedia*; el *Don Quijote*, de Cervantes, en 1863; la *Biblia*, en 1865 y 1866; las *Fables de la Fontaine*, en 1867; los poemas de Tennyson, y el segundo tomo de las obras de Rabelais; *L'Espagne*, del Barón d'Avillier; el *Londres*, de Enault, en 1877; el *Orlando Furioso*, de Ariosto, en 1879, y otras muchas.

Doré fué además excelente pintor y escultor habilísimo. Como pintor ha dejado, entre otros cuadros, *Los titanes*, *La muerte de Orfeo* y la *Entrada de Jesucristo en Jerusalén*, este último de proporciones colosales y de una composición sorprendente y conmovedora.

Las obras de escultura de que tenemos noticia son: *El miedo*, 1879; *La Virgen Madre*, 1881; *Grupo de remeros*, y *Monje y caballero*.

Gustavo Doré poseía una imaginación brillante y fantástica, marcada con el sello de una gran originalidad. Interpretando las creaciones del Dante, su lápiz ha producido cuadros maravillosos; pero sus ilustraciones de la *Biblia* son tan admirables, que no parece sino que el artista ha asistido, como testigo presencial, á las escenas narradas en los libros Santos.

Como hombre, era Doré no menos estimable que como artista: dotado de un gran corazón, su bolsillo estaba siempre abierto para todas las desgracias y su casa para todos los infortunados. Era caritativo, dice un amigo suyo, hasta la prodigalidad.

Ha muerto relativamente joven, y ha dejado como principal herencia la fama de su genio, que aumentará con los años. R. I. P.

## REUNIÓN DE MAJOS JUGANDO Á LA BRISCA

Nuestros abuelos, cuyas costumbres han pasado ya, dejando tan sólo su huella en las de nuestros padres, que van pasando también á impulso del espíritu moderno, solían celebrar con extraordinario júbilo la Pascua de Resurrección, llamada *Florida* por la bella estación con que viene siempre acompañada. Por lo mismo que observaban con estricto rigor las abstinencias de la Cuaresma, asociándose de pensamiento y de obra á los misterios sacrosantos de la Religión, la Pascua Florida era para ellos una fiesta de singular alegría, de general expansión y de ruidosas francachelas.

Nuestro grabado representa una escena á la puerta de una alquería, en que varios majos juegan con algazara á la brisca, para beber luego á costa de los vencidos y celebrar al aire libre las expansiones de la Pascua Florida.

Cierto que en estas expansiones podría haber abusos, que de todo abusa la pía condición humana; pero la verdad es que estas francachelas venían después de las rigurosas abstinencias del ayuno, y eran como la expresión ingenua y regocijada de una fiesta gloriosa, en que la Iglesia nuestra madre, lanza al aire sus más alegres cánticos, para celebrar el triunfo de su Divino fundador sobre las miserias de la muerte.

Estas fiestas populares han concluido casi por completo, porque habiéndose relajado la observancia del ayuno, tienen menos interés las expansiones de Pascua.

¡ALELUYA! SEÑOR CURA, ¡ALELUYA!

Todavía es práctica en algunos pueblos, donde aún no ha hincado las uñas *La Mano Negra*, acudir los niños á casa de su párroco después de la Misa mayor del Domingo de Resurrección, á felicitarle las Pascuas en nombre de sus padres. Como atributos de la Pascua Florida y prenda de su respeto filial, los niños llevan flores y frutos, y este sencillo obsequio, ofrecido al párroco por niños inocentes, es para él tan grato, como puede ser para un buen padre el testimonio del amor de sus hijos. Los niños que en la Misa mayor han oído el grito de *Aleluya* tantas veces repetido en los cánticos sagrados, grito que repiten los ángeles en ese día como acento de triunfo por la Resurrección del Señor, al ir á felicitar al Sr. Cura, prorrumpen también en el mismo grito de *Aleluya*, que hace sonreír al bondadoso párroco, sacándole de su tarea para dirigir una mirada de gratitud y de cariño á sus pequeños feligreses.

Esta práctica se halla tan conforme con la fiesta, que sólo su representación interesa y conmueve, inspirando simpatías hacia el buen párroco y hacia los piadosos niños.

Por desgracia, la cristiana costumbre va desapareciendo, y ni el párroco es objeto de la veneración que merece, ni los niños son educados en las costumbres que pueden hacerlos buenos y felices.

## LA SILLA DE FELIPE II EN EL ESCORIAL

En los sombríos montes que circuyen, como valladar de hierro la imponente fábrica del Escorial, hay un sitio, donde es fama que subía Felipe II á contemplar las obras, gozándose aquel ánimo tan melancólico de suyo, en ver levantarse el monumento que su devoción consagraba al Señor, en homenaje de gratitud por sus favores y particularmente por la victoria de San Quintín, alcanzada el día del Mártir San Lorenzo.

Este sitio se llama comunmente *la silla de Felipe II* y en verdad que si se considera la humilde y severa condición de tan gran Monarca, no desmerece el nombre del objeto, ni la tradición de la historia.

Entre aquellas peñas sombrías y aquellos ásperos matorrales cabía muy bien la majestad de un rey, que había de vivir como el más humilde monje en el grandioso edificio que allí se levantaba, rey cristiano como no ha habido otro, que llevaba el cetro como una cruz y la corona real como si fuese de espinas.

## EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

VIII

MADRE É HIJO

— Madre mía, dijo Fritz Roy con dulzura, necesitamos tomar un mayoral capaz de dirigir los trabajos del pequeño cortijo. Esta tarea es demasiado pesada para tí, é incompatible con mis numerosas ocupaciones. El tiempo que yo dé á la vigilancia de nuestros campos será perdido para los pobres, y no tengo derecho para quitarles mi tiempo.

— ¡Ay! respondió Ana echándose á llorar; extraños van á entrar en nuestra casa. Primero fué Jacobo, mi pobre Jacobo, el Señor se lo llevó; le reemplazó Dunstan, y gracias á tí fué capaz de gobernar esta pequeña fortuna; todo va á ir de mal en peor... Después de las profundas penas del corazón vendrán las pérdidas de dinero, los cuidados y la ruina... ¿Qué puede hacer una pobre mujer á quien el Señor le quita su marido y su hijo?

— ¡Ah! madre mía, replicó el sacerdote, no has puesto nunca gran precio á las riquezas de este mundo, y conozco tanto tu desinterés que aprobarás la resolución que he tomado.

— ¿Cual, hijo mío?

— El año será rudo para los pobres, y el hambre durará más de cuatro meses. Anunciaré el domingo



á mis feligreses que renuncio el diezmo á toda suma sacada á hermanos más pobres que yo.

— Eso será bien hecho, dijo la viuda. Tenemos pan de avena, ¡y á tantos pobres les faltan las patatas!

— Estaba seguro que me comprenderías. Y después, en ningún país el sacerdote se apega más á los hombres que dirige y catequiza como el sacerdote irlandés. Los fieles tienen derecho á esperar todo de él, porque representa á Cristo, y esta pobre Irlanda si ha sufrido tanto ha sido por vivir apegada al altar de sus padres.

— Crees tú, pues, hijo mío, que en los pueblos del Elster se encuentra un solo sacerdote tan querido como tú de sus feligreses.

— Todos tienen los mismos títulos, todos recogen el mismo tributo de gratitud. Me sucede muy á menudo enternecerme hasta llorar oyendo á mis pobres ovejas, á las que les falta muchas veces los pastos y la lana, hablarme de la deuda que contraen conmigo. El pueblo nos ama en Irlanda más tal vez que en todas las otras naciones; pero esto depende menos de nosotros que de la misma Irlanda.

— ¡Ah! dijo Ana, si este pueblo te ama y te venera, ¿no lo has sacrificado todo por él? Tu casa la has hecho hospicio, y nunca miro los libros de cuentas, pues estoy segura que lo mejor de nuestras rentas pasa á tus feligreses. Si hubiera vivido Dunstan, hubiera hecho un reparto equitativo de nuestros campos. Con su parte de herencia hubiera mantenido á su familia, y nosotros dos habiéramos juntado tesoros para el cielo. Haz ahora lo que quieras de lo que me ha dejado Jacobo. Ruego al Señor que no me deje mucho tiempo en este mundo.

— ¡Oh querida y amadísima madre! dijo el sacerdote con acento de queja.

— Me ha sucedido más de una vez, replicó Ana, comparar tu indigente iglesia fabricada con algunas piedras y un poco de cemento, al rico templo de la ciudad vecina. Es magnífico y orgulloso este templo en el cual se enseña la mentira, y el establo de Belén no debía ser más pobre que la capilla en la que anuncias la palabra de verdad. Pagamos una contribución para mantener el lujo clerical de los protestantes, y vosotros no recibís otro óbolo que el del pobre. Los pastores anglicanos tienen una familia numerosa, acomodada, para cuyas necesidades se provee fácilmente; vosotros vivís solos, y si yo te faltase...

— Me queda mi eterna prometida, la Iglesia.

— Eres un santo, dijo Ana con tierna humildad.

— ¿Has visto á Margarita? preguntó el cura.

— Margarita é Isabel son dos almas en la tribulación. Nunca creí que esta joven fuese capaz de tener tanta energía. No la reconocerías, hijo mío. Se diría que es ahora una viuda ó una religiosa.

— La he hablado, respondió el sacerdote.

— ¿Dónde?

— En el cementerio, una noche...

— Si no has salido después...

— La he visto la noche en que confesé *aquel hombre*, añadió Fritz-Roy con esfuerzo.

— No creo que su campo dé gran cosecha; la tierra necesita descansar... Pero los pobres no tienen derecho á cambiar de cultura, porque no pueden rumiar la hierba de los prados. Con tal que no le dé la enfermedad á las patatas.

El cura suspiró. La palabra que acababa de pronunciar su madre despertaba en él lúgubres aprensiones.

— Será menester enviar un saco á Pat. El pobre hombre no puede con su salario saciar el hambre de sus hijos.

— Lo enviaré mañana; ¿has escogido ya un criado mayor, para la dirección del cortijo?

— Pienso en Brandon.

— No podrías encontrar un hombre más honrado.

Se separaron el hijo y la madre en el momento que daba el reloj las diez.

Al día siguiente se presentó Brandon en las Tierras Bajas. Era un verdadero irlandés, entendido, casi astuto, alegre y probo al mismo tiempo. Si hubiera falseado un poco su honrada naturaleza, hubiera sido en los negocios. Pero manteniéndose siempre en la línea de la equidad, no se servía de las cualidades que le eran propias y que podía desnaturalizar fácilmente, sino para poner mayor orden en todas las cosas y concluir ventajosos negocios para aquellos que lo empleaban.

Brandon no había poseído nunca nada, ni aun la paja de su jergón. Echado una noche en el recodo de un camino, recogido por una pobre, criado rudamente, colocado muy joven como criado, no se cuidaba de la mejora material de su vida. Sin tener nada deservir en su carácter, sabía, no servir, sino gobernar la fortuna de los demás. Lo hacía con una exactitud escrupulosa. No deseando nada personalmente, se alegraba de ver aumentarse los bienes de sus amos. Querido, estimado de todos, á pesar de una rudeza

que nadie la encontraba mal, pensó haber encontrado su paraíso terrenal cuando se le ofreció la colocación de criado mayor en Tierras Bajas.

El interés que prometió poner en el servicio de Fritz-Roy, fué aún más completo que el que había tomado en otras partes.

Le pareció que se acercaba á Dios penetrando en casa de Ana. ¿Las Tierras Bajas no era la sucursal de la iglesia? El sacerdote, seguramente estuvo inspirado del cielo cuando pensó hacer de la casa de Jacobo el verdadero presbiterio. Todo el mundo ganó en ello. Los que no se atrevían á acercarse al cura, se dirigían á la viuda. Después de la muerte de Dunstan, el camino del sacrificio se ensanchaba para los dos.

Se despegaban de las cosas de este mundo, y Brandon pesó la tarea que aceptaba.

Podía hacerse pesada. Por eso, desde el primer día puso sus condiciones á sus amos.

— Quiero la tierra que cultivo, les dijo, y los animales que cuido; por eso, me dejareis sembrar, estercolar y cuidar los campos como yo quiera. No me preguntaréis por qué guardo tantas haces de heno para la vaca, ni tanto trigo para la siembra. Haré por vosotros, mejor que para mí, es todo lo que puedo deciros.

El armario de las mortajas estaba vacío, reinaban las fiebres en el país, y Ana rogó á Brandon sembrarle un poco de lino.

— Y el trigo, dijo él.

— Dios multiplicará las espigas.

Los pobres fueron los que se multiplicaron.

El hambre es en Irlanda un azote permanente. La mayor parte de los labradores poseen una casa hecha de fango seco, y un campo de patatas. Durante la época de abundancia se hacen tres comidas al día y de cuando en cuando los más acomodados añaden una tajada de tocino. Después se contentan con el almuerzo y la cena; se llega á suprimir la primera comida; en fin, es menester comer cada dos días. ¿Qué de niños irlandeses no han sabido nunca lo que es saciar completamente su hambre! Y aún estos labradores, por pobres que sean, tienen un casucho suyo, un campo suyo, ¡pero cuántas otras familias están errantes por los caminos, medio desnudas, tiritando, hambrientas, alargando una mano febril y descarnada! Quien no conoce á Irlanda, ignora qué brillo siniestro da el hambre á los ojos azules, los más suaves y cómo destruye y estraga la miseria el rostro humano.

Se veían algunas veces por la noche deslizarse en el patio de Bajas Tierras pálidos fantasmas que, sin pronunciar una palabra, tenían, sin embargo, siniestra elocuencia. Las madres, no atreviéndose á entrar ellas mismas y pedir limosna, enviaban á sus hijos.

Entraban cubiertos de sucios harapos; la sensación de bienestar y de calor que sentían, entrando en la sala, brillaba en su semblante. Corrían á la chimenea, calentaban sus manos enrojecidas, reían á la llama, después tiraban á Ana del vestido, murmuraban designándole el patio.

— ¡Están ahí!

— Vé á buscarlos, decía Ana.

Los niños corrían, los mendigos entraban en la sala, se les daba pan, un poco de cerveza, y pasaban la noche en la cuadra, con gran desesperación de Brandon que decía que los vagabundos le desordenaban sus hermosas camas de paja fresca.

La sirvienta encargada de cocer las tortas de avena, se enfadaba más de una vez encontrando vacíos los canastos que había llenado. Ana casi se excusaba.

El cura se sonreía. A fuerza de dar, Ana se empobreció. El invierno fué muy riguroso, faltó el grano y el cura sacrificó hasta sus sementeras.

— Compraras, le dijo á Brandon.

Se fueron todas las provisiones. Los cuatro ancianos que el cura mantenía, y cuidaba en el pequeño presbiterio no sufrían las privaciones de su bienhechor. Pero se negoció un empréstito, Ana aprobó todo. Qué le importaba empobrecerse, aun despojarse. No creía vivir mucho tiempo, y privarse del gozo de dar le parecía tan duro...

Nada dispone á la beneficencia el corazón como el dolor, y el cura Fritz-Roy y Ana sufrían siempre de una herida sangrienta.

(Continuará.)

## CARIDAD

CUENTO

X

DE NOCHE EN EL MONTE.

Alonso quedó sorprendido al ver que su carro volvía á casa vacío, el criado triste y Tomásín llorando. El niño expuso á su padre la triste escena que había presenciado, le pidió por Dios que perdonase al guarda la deuda del trigo y le socorriese en tanta necesidad. No necesitaba el sensible corazón de Alonso muchas razones para inclinarse á la compasión, y accedió desde luego á las súplicas de su

hijo. Mandó al criado desenganchar las dos mulas y avisar al párroco y al médico. Aquél con el santo Viático y la Extremaunción, y éste con algunas medicinas, partieron á galope al monte en las mulas de Alonso. El criado les siguió algún rato después con alimentos para Antón y sus niños, y delicados manjares para la enferma, preparados con esmero por la caritativa Lucía.

¡Ay!... ¡María no necesitaba ya de alimentos! Ya anocheciendo volvieron tristes los tres enviados, y las campanas hicieron oír por el llano el melancólico tañido con que la Iglesia despidió á sus hijos que salen de este mundo. María había muerto como una santa, confortada por los Santos Sacramentos. El último acto de su vida de mártir fué dar un beso á su esposo y á sus niños, y pedirles que perdonasen al usurero. Luego besó el Crucifijo, y entre las lágrimas de todos entregó su alma en las manos de su Criador.

El dolor de esta pérdida fué minando sorda, pero rápidamente, la salud de Antón, ya muy quebrantada por el trabajo y la pobreza. Pasó un mes; el pobre guarda ya no podía trabajar, y Alonso pagaba jornaleros que fueran á labrar su hacienda, y ponía además el trigo para sembrar. La familia de Tomásín era la verdadera providencia de aquellos infelices. Todos los días venía Gregorito, á veces con su hermanita en los brazos, rendido y sudando, por la comida que Lucía le entregaba. Tomásín consolaba con dulces palabras á su desgraciado amigo, y reservaba sus mejores dulces y juguetes para la pobrecita Rosa.

Un día que les guardaba un rico bollo que le había hecho su madre, bajaba á esperarlos al portal, alegre con la esperanza de darles tan grata sorpresa. Pero allí estuvo esperando largo tiempo, y Gregorito no venía. Su madre también extrañó la tardanza, y asaltaron su ánimo temores y sospechas. El estado de Antón era ya de tanto peligro, que pocos días antes habían pensado Alonso y el párroco traerle al pueblo, por temor de que, muriendo en su casa, espirase sin los auxilios de la Religión, no pudiendo abandonarle en tal extremo Gregorito, que le asistía con adhesión filial. Lucía comunicó á Alonso sus temores, y éste al Párroco. Ambos y el médico, debidamente preparados, tomaron en sendas mulas el camino del monte.

Tomásín no podía sosegar: él y su madre se pusieron derodillas delante de una imagen de la Virgen y rezaron el Rosario. Ambos lloraban. Al menor ruido se sobresaltaba el niño y escuchaba: era el viento, que empezaba á levantarse con fuerza y vibraba en los barrotes de las rejas y balcones.

La tarde iba ya muy adelante: Lucía volvió á sus ocupaciones domésticas, y el niño se subió al desván de la casa para mirar si alcanzaba á ver venir á su padre, el Párroco y el médico. Nada veía. Estaba impaciente, y como arrastrado por oculta fuerza, bajó de su atalaya y echó á correr por la llanura con dirección al monte. El viento que azotaba y hacía tremolar la pluma de su sombrero, levantaba en torno suyo torbellinos de polvo que le cegaban é impedían el paso. Pero la fuerza de su terrible ansiedad le prestaba vigor, y llegó por fin á la primera colina. El cielo se cubría de cárdenas nubes que semejaban negros fantasmas, monstruos horrendos de tres cabezas que habrían las bocas y movían las garras con furor. La inmensa llanura se extendía triste y solitaria á la vista del niño, y allá en el Occidente, algunas nubes rojizas señalaban el punto por donde se había escondido el sol. La noche avanzaba, la oscuridad crecía, algunos relámpagos iluminaban el horizonte, y allá á lo lejos se oía sordo y confuso el bramido de la tempestad.

Tomásín, más impaciente, dejó el camino y subió á la cima de la colina para ver si alcanzaba á distinguir algo. Abajo, en el valle, una lucecita se movía de un lado á otro; luego se apagó de pronto y no volvió á verse más. El niño esperó aún algunos minutos, y por el camino vió pasar á todo galope tres jinetes que sin duda corrían para librarse de la tormenta. Dió voces, pero el viento que con furia se había desencadenado las arrebató en dirección contraria, y los tres jinetes cruzaron sin detenerse la llanura, envueltos en las sombras. Tomásín estaba perplejo; quería volver á su pueblo, pero el viento le era contrario y con tal fuerza soplabá, que le derribó varias veces en tierra. Tuvo miedo y se encomendó á la Virgen. En medio de su plegaria, entre el bramido con que el huracán azotaba las hojas de los árboles, llegó á sus oídos, triste como el último lamento de un moribundo, el lúgubre clamor de las campanas que tocaban á muerto. Fijó la frente en el suelo, y con profundos gemidos oró fervorosamente por el alma del infeliz Antón.

— ¡Dios mío! — exclamó luego. — ¡Gregorito y Rosa!... Sí; el señor cura, mi padre y el médico han vuelto ya al pueblo... Yo los he visto... Gregorito y



Rosa estarán solos, llorando y llenos de miedo... Dadme fuerzas, Dios mío; yo quiero acompañarlos, consolarlos, orar con ellos ante el cadáver de su padre...

El huracán lanzó un terrible mugido, brilló un relámpago, y un trueno espantoso hizo temblar los cimientos de la colina. El agua caía á torrentes.

Tomasín se santiguó, se encomendó á la Virgen, y fijo en la idea de consolar á los niños del guarda, corrió sin reparar en el peligro, y ayudado del viento, llegó en pocos minutos á la casa de Gregorito. Silencio profundo reinaba en ella: ni una luz extendía sus tímidos rayos al través de la tela del encerrado. Tomasín llamó dos veces, pero nadie le respondió; empujó la puerta, y ésta cedió, rechinando al girar sobre sus goznes. Penetró sucesivamente en la cocina y en la habitación; llamó y sólo le respondió el silencio; examinó, y á la luz de los relámpagos vió que la casa estaba desierta.

Salió descorazonado; pero la tempestad había duplicado su furor, y entre el rugido del viento y el estampido de los truenos le parecía á ratos oír de lejos una voz ahogada por la distancia; una voz que, tal cual llegaba á sus oídos, semejaba el ahullido de un lobo. El temor comenzaba á apoderarse de su ánimo; volvió á santiguarse y echó á andar con gran dificultad; pero la voz sonaba cada vez más cerca é iba á retroceder, temeroso de dar con el lobo, cuando le pareció que aquella voz decía confusamente:

— ¡Tomasín!...

Alzó la suya el niño cuanto se lo permitían sus pulmones, mas en vano: el viento la llevaba en dirección opuesta. Al cabo de un rato oyó clara y distintamente su nombre, y lleno de gozo reconoció la voz del antiguo criado de su padre.

Lucía había echado de menos á Tomasín, é inquieta y acongojada al ver acercarse la tormenta, después de haberle buscado inútilmente por todo el pueblo, sospechó lo que había sucedido. El párroco, el médico y Alonso volvieron del monte trayéndose

los niños y el cadáver de Antón, que, como su esposa, había muerto con la muerte de los justos. Al ver á los dos niños llorar abrazados con el helado cuerpo, pensaron que era peligroso dejarlos solos; mas como Gregorito no quisiese apartarse del cadáver, se vieron precisados á traerle consigo, y fué depositado en una sala de la casa de Alonso.

Lucía preguntó ansiosa por Tomasín. Pero ninguno de los tres le dió noticia: su corazón de madre padecía horrible congoja; mandó al criado dirigirse al monte en su busca, y ella se puso á consolar con dulces palabras á Gregorito y Rosa, cuyas lágrimas en vano se esforzaban en enjugar el párroco y Alonso. A cada paso, el instinto de madre la llevaba al balcón; tendía los ojos con inquietud, le atemorizaba la lluvia que sin cesar caía, y los truenos que ensordecían la llanura resonaban en su corazón. Alonso y el párroco estaban también impacientes: los tres se asomaron al balcón, y por fin lograron distinguir un bulto que rápidamente se acercaba.

— El criado — dijo el párroco.

— ¿Traerá á mi hijo? — exclamó Lucía.

El criado se acercó por fin con la velocidad del relámpago: antes que llegase á la casa, Lucía gritó: — ¡Tomasín!

— ¡Madre!... — respondió la fresca y delicada voz del niño, ahogada bajo la capa con que el criado había querido preservarle de la lluvia.

La madre bajó precipitadamente la escalera, y vió á su hijo todo empapado en agua.

— ¿Por qué has hecho eso? — le dijo con tono de dulce reprensión. — ¡Qué mal rato me has dado, hijo mío!

— Madre mía, perdonadme... — murmuró el niño poniéndose de rodillas y besándole la mano.

— ¿A dónde has ido?

— ¡Gregorito y Rosa!... ¡Pobrecitos!... He ido á buscarlos, porque estarán muy tristes... Madre mía, perdonadme. ¿Dónde están Gregorito y Rosa?

— Tu padre los ha traído; arriba están.

En cuatro saltos, y antes que pudiera impedirlo Lucía, Tomasín había subido las escaleras y entraba en la habitación. Alonso y el párroco no tuvieron tiempo de decirle una palabra: el niño abrazó con una mano á Gregorio y con otra á Rosa: los besaba con ardiente cariño, lloraba con ellos, los llamaba hermanos, y allí, de rodillas, suplicó á sus padres tomasen bajo su amparo á los dos huérfanos. En vano el párroco hizo esfuerzos por llevarse á uno de los niños: Tomasín, abrazado á los dos, le obligó á prometer que no se los quitaría, y Alonso y Lucía, trocando en lágrimas el pasajero enojo, accedieron con gusto á los deseos de su hijo.

FR. CONRADO MUIÑOS Y SAENZ.

Se continuará.)

## REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Principios tóxicos de las setas comestibles.** — Monsieur Dupetit, en una nota presentada á la Academia de Ciencias de París, dice que las setas comestibles tienen también principios tóxicos, los cuales, si bien no actúan ingeridos en el estómago, producen, sin embargo, sus efectos en inyección subcutánea.

Ha hecho varias experiencias inyectando á algunos animales jugo fresco del *boletus edulis* en la cantidad de 2 centigramos cúbicos por 100 del peso del animal, y ha observado que al cabo de tres ó seis horas se produjo la muerte de un conejo, y en más tiempo en las ratas y otros animales. Igual resultado ha obtenido empleando otros hongos reputados como comestibles, tales son la *amanita caesarea* ú oronja verdadera y el *agaricus campestris* ó seta de campo. Todos, en fin, le han dado el mismo resultado, si bien este último, cultivado, es menos activo. Según Dupetit, las propiedades tóxicas de los hongos son debidas á un veneno soluble. El principio activo es insoluble en éter, cloroformo, sulfuro de carbono, alcohol metílico y etílico, y se precipita casi completamente por la adición de alcohol al jugo, y con el tanino, el subacetato de plomo é hidrato de plomo.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España  
calle del Príncipe, 27, Madrid.

## ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS  
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

# EL AGUA DE SUEZ DOLORES DE MUELAS

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los dolores de muelas y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La *Opiata anaranjada* de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro. — El *Vinagrillo lácteo* de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico. — porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmenuzarse y caerse. — Diríjase á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. MADRID: R. J. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 8. — J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, Mayor, 93. — Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

## SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibéndolos también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

OFICINAS, CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚMERO 27, PRINCIPAL  
Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, núm. 4

## !!! MEDALLAS ESPAÑOLAS !!!

De primera comunión; premios ordinarios y extraordinarios; devoción á la Santísima Virgen, San José y los Santos más principales, entre las que figura por vez primera la preciosísima de predilección agrícola de San Isidro Labrador, así como las conmemorativas de bautismos, bodas, profesiones y defunciones. Medallones, sellos, placas, timbres, estampillas, planchas para timbrado, etc., etc.

VICTORINO. — GRABADOR  
Bailén, 8, Madrid

## PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.  
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.  
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.  
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

### AGUA MINERO-MEDICINAL DE LA MARAVILLA

Premiada en la exposición de Burdeos con la gran medalla de oro

Acción tónica. — Alcalina. — Sedante. — Resolutiva.

Esta agua tiene, como ninguna otra, una acción especialísima. — En todas las formas del reumatismo visceral (males internos); en las erupciones de la piel, reumáticas y herpéticas; en la litiasis ártica (arenillas en la orina), en la gota y diátesis reumáticas; siendo por consecuencia, de uso indispensable como agua de mesa, bien sea sola ó mezclada con vino; en las dispepsias ó digestiones difíciles, acompañadas de vómitos pertinaces, resaca de estómago y acidez; en los catarrros crónicos de la laringe y de los bronquios; en las escrófulas tóxicas; en los infartos viscerales, ya sean del pulmón, del hígado y del bazo ó de la matriz; en las menstruaciones dolorosas, tarlidas y en los flujos blancos; en los trastornos habituales y pertinaces, sin producir molestias ni dejar irritación; en las neurosis (males de nervios), dolores nerviosos y jaquecas. Se expende en las farmacias en botellas de un litro.

Depósito central: GORGUERA, CINCO, MADRID

COMPañía COLONIAL  
ROMA 1868  
DE ORO.  
MEDALLA  
CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD Pío IX  
Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.  
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

### NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día. Llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día; se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

### AGUA DE SAN LORENZO

#### MARCA DE FÁBRICA GARANTIZADA POR EL GOBIERNO

Cura infaliblemente las llagas y úlceras de cualquier procedencia; las heridas de todas clases, los dolores reumáticos, las contusiones, las jaquecas más rebeldes, las quemaduras y hemorragias, sujetándose para su uso al prospecto que se une al frasco. Son muy repetidas las curaciones hechas con este poderoso descubrimiento, que pueden comprobarse. Se vende, por mayor, en casa de D. Melchor García, TETUAN, 15, Madrid; y por menor, en las principales farmacias de la península y Ultramar, al precio de TRES PESETAS frasco.



*El oidium.*—Esta es una de las más terribles plagas que han atacado á la viña, pudiéndose comparar sus estragos sólo con los que en la actualidad viene ocasionando la filoxera.

El oidium es una planta *criptógama* que se desarrolla en forma aparente de esflorescencia blanquecina, primero en las hojas y en los brotes tiernos cuyo desarrollo suspende, y después en los racimos cuyo crecimiento impide. Por efecto de la acción de esta plaga, la epidermis de las uvas se endurece, toman las uvas un color aleonado y se abren de arriba abajo, adquiriendo un sabor amargo y corrompiéndose antes de la maduración.

Las hojas y los brotes atacados se cubren de manchas oscuras, cayéndose las primeras y desorganizándose por completo los segundos; de consiguiente, no sólo se pierde la cosecha del año, sino que también hay que renunciar á la siguiente, y aun es de temer la pérdida de la cepa, si se deja ésta sometida durante tres ó cuatro años á la acción destructora de tan terrible enfermedad.

Sobre el origen, descubrimiento y persona que haya podido dar á conocer esta enfermedad de la viña, que algunos atribuyen al desarrollo de ciertos insectos microscópicos, nada diremos, porque sobre estos particulares aún no se ha dicho la última palabra, y después de todo, no son de un inmediato interés para nuestros lectores. Nos ocuparemos, pues, preferentemente, de los procedimientos que se han inventado para su curación.

Los principales medios que se han empleado son: primero, el rociar flor de azufre sobre todas las partes de la vid previamente mojadas, lo cual daba buen resultado, pero presentaba el inconveniente de que quedase adherido el azufre sobre las partes internas de los racimos; el segundo método consiste en la aplicación del hidrosulfato de cal, preparado por medio de la mezcla íntima de 500 gramos de flor de azufre con un volumen igual de cal recientemente apagada. Esta mezcla se colocaba en un vaso de fundición conteniendo tres litros de agua, y todo se hacía hervir durante diez minutos. Se dejaba aclarar el líquido que, obtenido claro por decantación, es el hidrosulfato de cal, el que para su aplicación á las viñas, se diluía en 100 partes su volumen de agua, mojando con la disolución resultante todas las partes de la vid. Este procedimiento no dió nunca resultados tan completos y satisfactorios como la aplicación directa y en seco de la flor de azufre, que es el tercero de los procedimientos de que hemos dicho nos íbamos á ocupar, y el más generalizado.

Para la aplicación de la flor de azufre á las viñas, se usan con buen resultado é indistintamente tres aparatos sencillísimos; la espolvadera simple, que es un tubo de hoja de lata en forma de cono truncado,



LA SILLA DE FELIPE II EN EL ESCORIAL.

dentro del cual se aloja el azufre que se introduce previamente por la tapa de esta especie de caja, situada en la sección del cono, y que sale por unos agujeros de que está dotada la base; la espolvadera de penacho, de forma semejante á la espolvadera simple, sólo que está dotada de una especie de borla, cuyos cordones de estambre ó cerda están situados inmediatos á los agujeros por donde ha de salir el azufre, por lo cual lo detienen algún tanto y contribuyen á que la lluvia de azufre sea más menuda.

El tercer instrumento, que aunque algo más caro, da en cambio mejores resultados, es el fuelle propuesto por Mr. Goutier y modificado después por Mr. La-Vergne; fuelle casi igual al usado en las cocinas, si bien dispuesto de una manera que pueda recibir por un orificio situado en una de sus tapas la flor de azufre, la que despiende en virtud de la acción natural del instrumento por el cañón, que está dotado en su extremo ó punta, que es encorvada, de una especie de flor de regadera, por medio y á través de la cual, se esparce el azufre con facilidad y perfección suma.

La operación del azufrado de las viñas se hace generalmente tres ó cuatro veces al año, y las épocas más á propósito son: para el primero, cuando la mayor parte de los tallos tengan perfectamente desarrollados al menos dos pares de hojas sobre las yemas ó primitivas; el segundo, poco antes de la inflorescencia, pero nunca durante ella; el tercero, después que hayan cernido y el fruto tenga el tamaño de perdigones de tercera clase; y el cuarto, cuando las clases de color pinten y las blancas tengan las uvas en los dos tercios de su tamaño.

Si llueve ó hace mucho viento inmediatamente después de cualquiera de los azufrados, puede con-

siderarse como nula la operación, que es necesario repetir.

*Ferro-carriles eléctricos.*—Hé aquí un resumen de los ferro-carriles en que se emplea la electricidad para el arrastre de los trenes:

Líneas en explotación:

De Lichterfelde á Spandan, en Prusia.—De Port-Bush á Bush-Mills, en Irlanda.—Y de Zandvoort á Kostverloren, en Holanda.

Líneas en construcción:

De Wiesbaden á Neroberg, en Prusia.—La línea particular de las minas reales sajonas á Zankerode.—La línea subterránea y sufluvial de Charing-Cros á la estación de Waterloo, en Londres.

Una línea de 60 kilómetros, en el país de Gales, Sur, cuya fuerza motriz suministra un salto de agua.

Las ciudades de Milán y Turín han empezado el establecimiento de sus líneas eléctricas urbanas; y finalmente, en América, la compañía Edison construye una línea de 36 kilómetros de longitud.

Conviene añadir una línea cuya concesión acaba de otorgarse á la compañía de los caminos de hierro del Sur de Austria, que va á empezarse inmediatamente: esta línea parte de las estaciones de la red del Moedling, pasará á Klausen y terminará interinamente en Vordebruch; más adelante se prolongará hasta Hinterbrühl.

La longitud total de todas estas líneas es de cerca de 175 kilómetros: é importa hacer notar que ya no se trata de líneas construidas por vía de ensayo, destinadas á desaparecer, sino de vías de comunicación formales, que han entrado de lleno en el terreno de la práctica.

Va á establecerse, además, una vía férrea eléctrica de San Julian (Saboya) ó Ginebra, por Ferney, según el sistema Edison; esta línea tendrá una longitud de 30 kilómetros.

*Túnel bajo el río de San Lorenzo.*—En América se va á construir, bajo el río de San Lorenzo, un túnel que medirá 16.000 piés de longitud, 26 de ancho y 23 de altura, hallándose el punto más bajo de esta nueva vía á 176 piés de profundidad, bajo el nivel del río.

Los trabajos de esta obra han sido encomendados al ingeniero Ronillard, mediante la suma de 3.905.000 duros, con la condición de que el túnel ha de quedar terminado en el improrrogable plazo de tres años. El sistema de iluminación será de focos eléctricos.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

## Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid